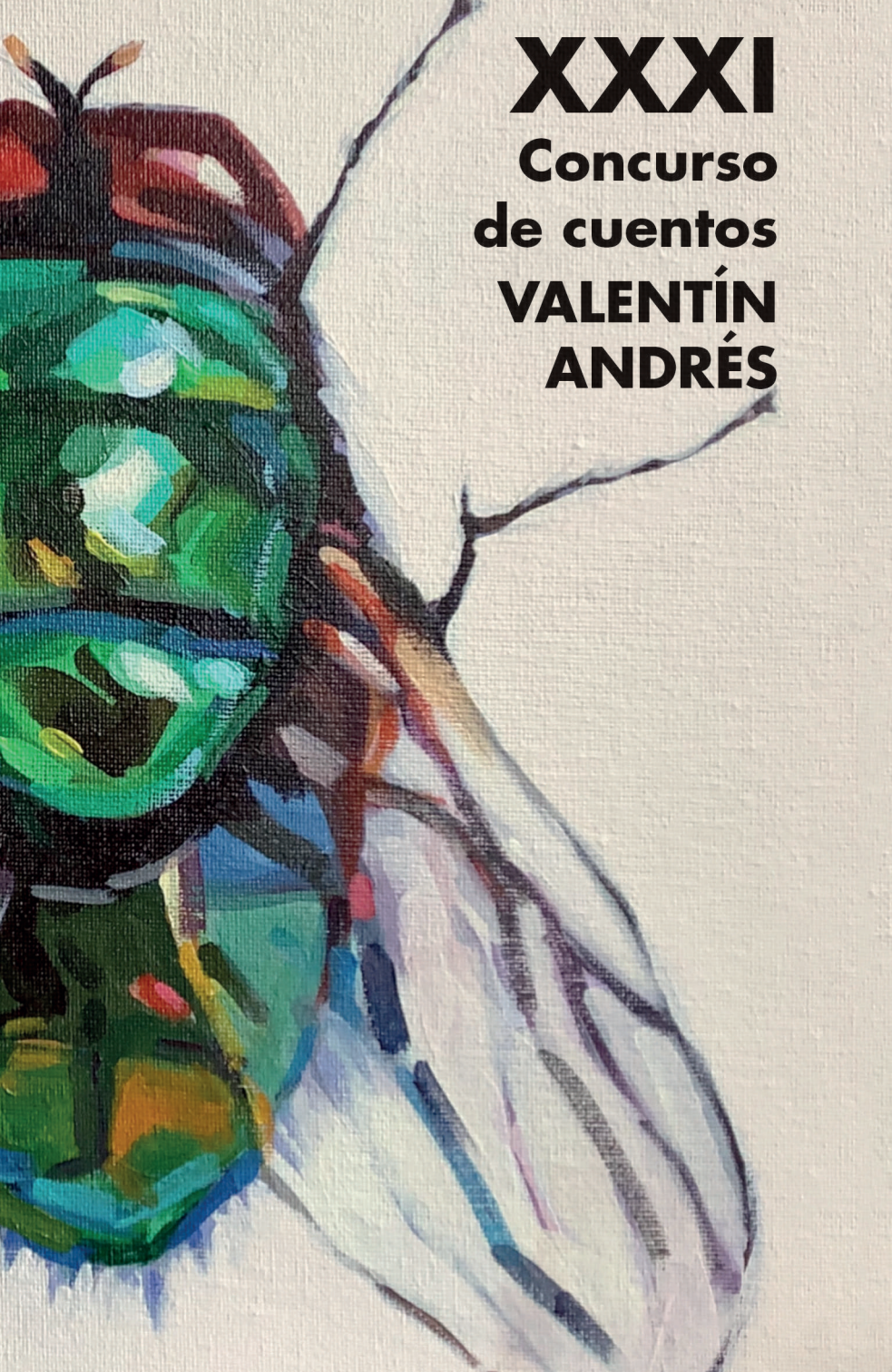


XXXI Concurso de cuentos VALENTÍN ANDRÉS

XXXI CONCURSO DE CUENTOS VALENTÍN ANDRÉS

Convocado por la
Asociación Cultural
"Valentín Andrés"

GRADO / GRAU

2023

Agradecimientos por el patrocinio de:
Ayuntamiento de Grado, Principau d'Asturies,
Cárnicas Benfer, Funeraria San Pedro, Alternativas,
TYC La Mata, Sidrería Agrobar La Finca

Edita:
Asociación Cultural "Valentín Andrés"
www.ava.valentinandres.es

Portada:

Carmen Peláez

Ilustraciones:

Lara Vega

Imprime:
Imprastur

D.L. AS-02631-2023

Prólogo

AL CALOR DE LAS PALABRAS

Lo recordé en otro lugar: a los novelistas se nos suele plantear la siguiente pregunta: “¿por qué escribes?”. Es evidente que la cuestión pretende desvelar las causas por las que el escritor interrogado ha decidido dedicar parte de su vida a la literatura. Sin embargo, la mayoría de las respuestas se refieren no a esas causas, sino a los propósitos: escribo para conmover, o para divertir, o para entretener, o para enseñar; es decir, responden a otra pregunta bien distinta: ”¿para qué escribes?”.

Supongo que yo también caí en el error alguna vez, pero desde hace tiempo sé distinguir qué se ventila en cada caso. Ambos son asuntos muy importantes, tanto que deben ser colocados al mismo nivel, pero en sus respectivos sitios. La respuesta a la pregunta de las motivaciones nos coloca en el campo de la moral y nos muestra el tipo de compromiso que el novelista asume ante la sociedad y ante sí mismo. En cambio, la contestación a la pregunta de las causas por las que uno escribe nos lleva al terreno de la psicología o de la sociología y describe el proceso de formación por el que el escritor ha transitado hasta llegar al convencimiento de que el hecho de escribir le resulta tan necesario como los de alimentarse o descansar.

Para mí no es complicado identificar algunos de los resortes que impulsaron mi vocación: el más importante, sin duda, el estímulo de mis padres, quienes, desde muy niño, me pusieron a mano libros, libretas, lápices y algún que otro premio por el resultado de mis incursiones escritoras (aún no literarias). También fue un gran empujón el reconocimiento de mis primeros maestros, que alguna vez elogiaron mis redacciones escolares y hasta las calificaron como sobresalientes.

Con todo, fue en la adolescencia, hacia los catorce o quince años, cuando comprendí que había emprendido un camino sin retorno. En ese tiempo descubrí el mundo de los certámenes literarios que no ocupaban las primeras planas de los periódicos pero que, para mí, eran los más atractivos y seductores. Se trataba de convocatorias de pequeños ayuntamientos, o de asociaciones culturales de ámbito local, normalmente de bajo presupuesto y con premios no dinerarios (por ejemplo, lotes de libros) o de cuantía menor. Digo que me resultaban atractivos porque poseían la escala adecuada a mis recursos de escritor aficionado, en ciernes. Además, solían estar organizados en varias categorías de participantes, lo que ajustaba aún más las expectativas a las posibilidades de cada uno. Por último, publicaban la relación de los finalistas, de modo que la pedrea de figurar en alguna ya era un incentivo glorioso que uno recibía con particular entusiasmo.

Durante tres o cuatro años, yo participé en muchos de aquellos concursos, con desigual éxito. Llegué a la selección final en unos cuantos, e incluso pude ganar los suficientes como para que empezara a creer en mí. Luego venía la ceremonia de entrega de los premios, a la que acudía como un manojo de nervios pues, en ocasiones, había que subir a la tarima, estrechar la mano de los miembros del jurado, entre los que había concejales de cultura y profesores de instituto, y, a continuación, leer en voz alta, ante un público que se suponía atento y severo, el relato premiado.

Poco a poco advertí que estaba participando de algo mucho más grande que un mero certamen de cuentos. En realidad, percibía la experiencia de mi propio crecimiento personal, pero acogido por una comunidad de personas desconocidas y, sin embargo, familiares, que vivían conmigo un proceso común de socialización gracias al amor cómplice por las letras y la cultura.

La iniciativa de la Asociación Cultural Valentín Andrés, de Grado, de convocar anualmente su Concurso Internacional de Cuentos, y de publicar un libro como el que ahora tiene el lector en sus manos, es encomiable por muchas razones. En primer lugar, por el carácter desinteresado de las personas que la hacen posible. En segundo lugar, por el

enorme esfuerzo que supone organizar el complejo puzle de actividades que cada convocatoria implica, desde la redacción y revisión de las bases del certamen hasta la edición de los relatos destacados, pasando por las tareas de selección de las obras, adjudicación de los premios y difusión de todos los eventos que conlleva. En tercer lugar, por la constancia en el empeño, que ha convertido al concurso en un referente nacional e internacional. Pero, con todo, yo prefiero destacar el valor intelectual y emotivo que subyace a la iniciativa, ese que moviliza tantos recursos económicos y, sobre todo, humanos, para estimular, especialmente en los jóvenes, su capacidad de pensar por sí mismos, de modelar su visión del mundo desde el conocimiento y el amor por las palabras y por el diálogo, de perseguir la belleza de las historias cuando son honradas y nos sirven para crecer en sociedad; en resumen, todo eso que se hace imprescindible cuando uno coge el bolígrafo o el ordenador y se pone a escribir con un propósito noble.

Me parece obligado reconocer y aplaudir estos méritos de la Asociación Valentín Andrés. Desde luego, yo lo hago ahora mismo, con este sencillo prefacio pero, también, con el orgullo de sospechar que represento a todos los autores que forman parte del presente recopilatorio. A ellos, por cierto, los felicito por sus trabajos y les doy la bienvenida a esta maravillosa familia moscona de escritores, lectores y generosos promotores de vocaciones literarias, unida en la confianza de un futuro mejor, tejida al calor de las palabras.

Manuel García Rubio

ACTA DEL FALLO DEL XXXI CONCURSO INTERNACIONAL DE CUENTOS "VALENTÍN ANDRÉS"

En Grado/Grau, siendo las dieciocho treinta horas del día treinta de junio de 2023, se reúne el Jurado calificador del XXXI Concurso Internacional de cuentos "Valentín Andrés", convocado por las Asociación Cultural "Valentín Andrés", con el patrocinio del Ilmo. Ayuntamiento de Grado, Principáu d'Asturies, Cárnicas Benfer, Funeraria San Pedro, Alternativas, TYC La Mata, Sidrería Agrobar La Finca, formado por las personas que se citan:

Dª. Ana Alba
D. Javier Calvo
Dª. María Luisa García
Dª. Carmen Jardón
D. Marcelo García

para tratar el siguiente ORDEN DEL DÍA:

Emitir veredicto sobre la clasificación de los cuentos presentados al XXXI Concurso Internacional de Cuentos "Valentín Andrés".

Bajo la Presidencia de D. Javier Calvo, y actuando como Secretaria Dª. Carmen Jardón Álvarez, la sesión se desarrolló como sigue:

1º.- Se acuerda conceder el PRIMER PREMIO, dotado con Mil Euros (1.000 €), diploma y publicación del cuento, al relato titulado: **"Brillaba"** presentado bajo el seudónimo de **Bartleby** y que corresponde a **Miguel Paz Cabanas** de León (España).

2º.- Se acuerda conceder el SEGUNDO PREMIO, dotado con Quinientos Euros (500 €), diploma y publicación del cuento, al relato titulado: **"La discreción del doctor Fonseca"** presentado bajo el seudónimo de **Olivetti** y que corresponde a **Ernesto Tubía Landeras** de Logroño (España).

Y no habiendo más asuntos que tratar, se levanta la sesión a las 20:00 horas del día treinta de junio de 2023. Y para que conste, firma la presente acta.

1.er Premio | **Miguel Paz Cabanas**
Categoría Internacional | León

Brillaba

Miguel Paz Cabanas

León

Miguel Paz Cabanas; cultiva géneros como el ensayo y el artículo periodístico (es columnista de La Nueva Crónica de León), habiendo recibido numerosos premios tanto en el género del relato (entre otros, el Ciudad de Cartagena, José Nogales, Villa de Navia, Colectivo Londres, Ciudad de Martos, Diario de León, Tertulia Guardense, Joaquín Lobato o Ciudad de Pupiales: este último concedido por el Ministerio de Cultura de Colombia), como en el campo de la poesía, destacando sus galardones en el VI Certamen de Poesía Creadores por la Libertad y la Paz de la Fundación Alberto Jiménez-Becerril, el XVI Concurso de Poesía Asociación de Mujeres Luna de Frías, el VI Concurso de Poesía Casino Ferrolano o el Soledad Escassi del Círculo de Bellas Artes de Madrid. Es autor de los poemarios “Oración de la negra fiebre” (Ediciones Eolas) y “Tu nombre se enreda en mis manos” (Ediciones TREA), así como de las novelas “Los abedules enanos” (Premio Rafael González-Castell), “El viaje del idiota” (Ediciones Baile del Sol) y “Todos los últimos días grises” (Ediciones Leteo). Su última obra publicada es el libro de relatos “La soledad de los charlatanes” (Ediciones Castilla). En 2021 fue finalista de los Premios del Tren y ganador del Certamen de Relatos Rafael Mir, año en el que, igualmente, obtuvo el Premio de Novela Breve Ramiro Pinilla con “Banksy estuvo aquí”.

Brillaba

Vamos, Tarik, no dejes de pedalear, supera esa rampa, es pan comido, un puerto de tercera, no me vengas con la gripe: en mi juventud salíamos a correr con fiebre y sabañones, así que no bajes el ritmo, continúa, continúa, hasta que te brillen las muñecas de tus manos, sí, las muñecas, donde las venas son azules como el mar, nada de la nuca o de la espalda, ¡las muñecas!: cuando veas en ellas unas gotas de sudor empezarás a rendir, a vencer, es lo que decía mi padre, y el padre de mi padre, así que aprieta los dientes, no desfallezcas, cuando pienses que no puedes más, cuando estalle la última fibra de tu alma, toca el interior de tu muñeca, verás que aún está seca, que puedes rodar otra etapa, y empezarás a rebasar a esos ciclistas de pacotilla, a dejarlos petrificados, y entonces comprobarás, Tarik, hijo mío, lo que es sufrir como un perro sobre una bici de carreras...

Nos levantaba al alba, horas antes de que la luz se insinuase en el bosque, horas antes de que las bestias gruñeran y abriesen los ojos, mucho antes de que el mundo despertase, puesto en pie como un ídolo de terracota, grande y taciturno, los ojos como brasas, preparando la soga, unciendo la pareja de bueyes, mi madre dormía, nunca la hizo madrugar, el déspota la adoraba, era la única persona de Bosnia que le infundía calma, a ese hombre inflexible, mi padre, lo aborrecía hasta los huesos, sobre la mesa de la cocina el puchero hervía como una boca negra, un café amargo y limoso, con el primer rayo de sol movíamos las hoces, los sacos, las palas, esparcíamos abono, cargábamos leña, sin lamentos, sin murmullos, los párpados caídos, las manos desolladas, todo menos desobedecer una orden, *si vuestro pan depende de mis brazos no quiero reproches,* decía, y al caer la tarde, vencidos y rotos, veíamos su silueta en el monte, dando zancadas, construyendo presas, desbrozando orillas, con una abnegación inhumana, con un afán sobrenatural,

con un sacrificio que se prolongaba en su pecho y en su rostro, recelando de nuestro coraje y de nuestra virilidad, como si fuésemos inútiles, como si en lugar de sus hijos, fuésemos dos proscritos a quien debía gruñir con voz de hierro: *Puede que los hombres estén hechos de la materia de los sueños, pero yo soy vuestro linaje y vuestra pesadilla, y mientras viváis a mis expensas, mientras comáis en mi casa, bregaréis de sol a sol...*

Quedaste cuarto, Tarik, cuarto, ni siquiera una mísera medalla, dejaste que te cobrasen ventaja en la colina, ese club de zánganos, no te empleaste a fondo, no me vengas con la calidad de tus rivales, ese serbio de culo picudo y pantorrillas de vieja no era un corredor, era un amateur, lo que pasa es que no sudaste, no te sacrificaste lo suficiente, estabas más pendiente del público que de la carrera, haciendo el ganso delante de las chicas, pavoneándote en la bici, alzándote sobre el sillín, sabes que no te enseñé eso, en las cuestas la pedalada ha de ser firme, rotunda, y constante, debes actuar con astucia, un buen ciclista debe imponer su ritmo, romper la fila y dejar atrás a sus rivales, y es ahí donde empiezan a brillar las muñecas, Tarik, el instante en que te conviertes en un puñal y hasta la última gota de tu grasa, hasta la última brizna de tu carne, se transforma en júbilo y en luz, ¿comprendes, Tarik?, ¿lo comprendes?...

Nunca era suficiente, su vida se proyectaba en un esfuerzo proverbial, en un afán hercúleo, nacido para superar calamidades, inspirado en la agonía de la tierra, en la última semilla, hijo de labradores y de campesinos, de titanes, la memoria fundida en sus huesos, los mismos que le permitían afrontar labores agotadoras, de la mañana a la noche, con lluvia y con sol, sábados o domingos, ¡los domingos sagrados!, negándose a pisar el templo, replicando burlón las palabras del imán, *es la sagrada misa, más sagrado es el trabajo, la oración conforta nuestra alma, no da de comer, eso es una blasfemia,* se encogía de hombros, seguía en sus trece, ignoraba los sermones, segaba, roturaba, ordeñaba, solo mi madre, al final del día, lo ayudaba a bañarse, no por pereza o fatiga, si no por una especie de pacto, una persuasión, algo íntimo que

no entendíamos, que no descifrábamos, expectantes en la cocina, aguzando el oído, calentando las manos con la taza de café, intentando captar ese instante milagroso, el fenómeno que se producía cuando ella lo enjabonaba, cuando cantaban y reían, el momento donde mi padre, transfigurado, experimentaba algo parecido a la ebriedad y de su garganta, súbita y tremenda, brotaba una carcajada...

- Debes ser magnánimo: Belgrado no es el fin del mundo, mira la nota del maestro, lee lo que dice: "Su hijo Tarik es un alumno gentil y aplicado, apreciado por sus iguales... Si le brindan una oportunidad, llegará a ser un buen médico".

- ¿Médico? ¿Matasanos? ¿Y la casa? ¿Quién cuidará la granja?

- El menor es labrador, sabes que te admira, no te faltará su ayuda.

- Tarik es el primogénito, el heredero, el responsable de la casa a mi muerte...

- Renunciará a ese privilegio, solo es una tradición estúpida, sin sentido.

- ¿Sí? ¿Y a qué más renunciará? ¿Qué sacrificará por convertirse en un cobarde? ¿Dejará de competir? ¡Responde! ¿Dejará de competir?

- No es un cobarde, no mancilles su nombre...

- ¡Es él quien denigra el suyo!

- No digas eso; te respeta, respeta a su familia. Es un buen hijo, un buen musulmán; pero tiene talento: ha nacido para curar, para salvar la vida de otros... Déjalo ir, no hay ofensa en su actitud, un día te sentirás orgulloso.

- Hablas demasiado, es tu debilidad, siempre ha sido tu preferido.

- ¿Por qué reaccionas de ese modo? Es tu hijo, te reverencia, besaría el suelo que pisas, honrará tu nombre...

- ¿Mi nombre? Es cierto, lleva mi nombre, y el de mi padre, por esa razón no lo repudiaré, no levantaré la voz... pero, escúchame, cuando salga por esa puerta, cuando la cierre a su espalda, no quiero que vuelva, ¿me oyes? No regresará para verme, maldita sea, ¡no le dejaré entrar!

- Cómo puedes decir eso.

- No quiero volverlo a ver. ¿Comprendes el alcance de mis palabras? ¿Lo que te estoy diciendo?

- No puedes...

- Claro que puedo: tu hijo se marchará para siempre; no regresará; no competirá más con la bici de carreras. Y mientras siga viviendo aquí, mientras me mantenga en pie, no consentiré que me degrade; no volverá a cruzar el umbral de mi casa; no permitiré que me convierta en un hombre sin honor. He dicho.

No volverá, repitió, no volverá, mientras fluya la sangre por mis venas no permitiré que pise mi casa, mi madre enmudeció, salió al jardín, no vertió ni una lágrima, no delante de sus hijos, yo tampoco, ni siquiera fui a Belgrado, fui más lejos, a Barcelona, tenía que huir de mi padre, de su gente, de sus campos yermos y duros, del frío invencible, rechazar su tradición, su rectitud, la anacronía de sus ritos, aquel fervor atávico, la obcecación que acabó devorando lo amado, las torres, las campanas, las granjas, las escuelas, la misma ofuscación que trajo la guerra y su terror, cruzando los Balcanes como un dragón ávido, arrasando puentes, jardines, iglesias, aquella devastación infinita, terrible, me pregunto cómo pudo ocurrir, cómo dejaron que pasase, se celebraban las Olimpiadas en España, nadie entendía la tragedia, negaban aturdidos lo que salía en la tele, cómo es eso, ¡en el corazón de Europa!, una contienda civil, me miraban con incredulidad, a mí, al estudiante bosnio, el musulmán

adusto, no será para tanto, unas escaramuzas, unas semanas, intentaban consolarme, evitaba su contacto, sin noticias de casa, sin saber de mi madre, sin saber de los míos, imaginé a mi hermano empuñando un arma, él, que aborrecía la violencia, él, vulnerable y consternado, nadie respondía a mis cartas, soledad y silencio, en aquellos días de Barcelona, en aquellos días exultantes, me encerraba en la Facultad de Medicina, y al examinar los cadáveres, solo y deprimido, un vértigo inagotable me helaba el corazón...

- ¿A qué más renunciarás, Tarik?, ¿a pedalear?, ¿a la victoria? ¿Dejarás de competir? Solo restan unos meses para el campeonato nacional. Llevas preparándote tres años. Participarán los mejores: serbios, croatas, montenegrinos...y tú, Tarik, ¡tú!, el único bosnio con una marca indisputable, el mejor cronómetro, el más veloz. ¿Vas a renunciar a eso? ¿A esa satisfacción? ¿A lo que anhela tu pueblo?

- He venido a despedirme, padre.

- ¿A despedirte? ¿De quién te quieres despedir? Yo no te he pedido eso, te insto a que tomes la bici y cumplas con tu deber. ¿Comprendes? Que no renuncies al triunfo y a la gloria...

- Qué gloria, padre; no la necesito, usted tampoco. Ellos no la merecen: el Gobierno, los mandamases. ¿Es que no lo ve? ¿No advierte que nos manipulan y que todo es una farsa?

- No sé de qué me hablas, a mí no me importan Dios o la patria, pero veo en ti a un hombre sin hogar, a un joven sin raíces: eso es lo peor que te puede pasar, convertirte en un proscrito, en un nómada, en alguien sin casa... No aceptaré tu insolencia. Escúchame: si te vas, si sales por esa puerta, se habrá acabado todo, no consentiré que entres en mi casa, ¿comprendes? Si te vas ahora, mientras siga vivo, no quiero volverte a ver...

Pero no lo obedecí, regresé a mi pueblo tras la guerra, a Srebrenica, no hallé nada, azaleas, postigos, ventanas, se habían llevado los enseres, arrancado las rosas, degollado las bestias, ardía un silencio atroz, un dolor bíblico, como si un viento insaciable hubiese devastado la tierra, ni una espiga, ni un juguete, ni un libro, me arrodillé, sollocé, quién hizo esto, quién saqueó mi hogar, dónde viven esos demonios, un hombre apareció a mi espalda, tardé en identificarlo, mi antiguo maestro, mi tutor, su mano vacilante, sus ojos asombrados, *Tarik, susurró, eres tú, cómo es posible,* nos fundimos en un abrazo, había envejecido, la conciencia del sufrimiento, la visión del horror, nos consolamos, su rostro apergaminado, su cuerpo frágil, *Tarik,* susurraba, *has vuelto, hábleme de los míos, qué ha sido de mi madre, qué ha sido de mi hermano,* pero en sus ojos solo había tristeza, una tristeza infinita, la del náufrago, la del niño sin sangre, podía distinguir la llama en sus ojos, los gritos, las tumbas, no había alivio, intentó hablar, abrió la boca despacio, con labios trémulos, *tu padre vive, Tarik, acaban de darle la extremaunción, aún respira,* lo miré como si no entendiese, como si fuese un ultraje, mi padre agonizando, el hombre para quien yo era un desertor, un cobarde, mi maestro no comprendía mi asombro, entonces la vi, enterrada entre las ortigas, el manillar como un hueso, una reliquia, mi bici de carreras, por qué lo hice, por qué la saqué, me despedí de aquel maestro bondadoso, empecé a pedalear enloquecido, fuera de mí, con rabia, sin cesar, ni siquiera inflé las gomas, la carretera estaba vacía, llegué sin resuello, subí las escaleras del hospital, *dónde está,* las enfermeras no se atrevían a darme el alto, *dónde está,* gritaba, lo encontré en una habitación minúscula, un lugar desolado, su cuerpo como una larva, un capullo roto, *padre,* gemí, abrió los ojos, ¿reconocen los moribundos a sus hijos?, ¿los perdonan?, tenía preguntas imposibles, necesitaba oír su voz, su voz áspera y grave, le acaricié la cabeza, busqué los ojos en su rostro sumido, no respondían, carecían de luz, titilaron, una aguja, una brasa minúscula, suficiente para reconocerme, para

deslizar su mano en la mía, para girármela y mirar la piel de mi muñeca, húmeda bajo la luz, cerca de su memoria, de sus ojos exhaustos, y al fin, después de tantos años, después de tanto tiempo, lo comprendí todo, el dolor y la esperanza, el vínculo y los silencios, el abrazo que nunca nos habíamos dado.

Entre las manos de mi padre, como un milagro de la memoria, mi muñeca...*brillaba.*

2.º Premio | **Ernesto Tubía Landeras**
Categoría Internacional | Logroño (La Rioja)

La discreción del doctor Fonseca

Ernesto Tubía Landeras

Haro (La Rioja)
Técnico de Laboratorio
13/02/1975

Descendiente de una familia de quiosqueras, mi infancia transcurrió entre el aroma de los encurtidos, gominolas y barquillos, y los tebeos y novelas del oeste que se cambiaban a quince pesetas. Ahí, sin darme cuenta de ello, mientras devoraba comics de Dan Defensor, El motorista fantasma o Flash Gordon, comenzó a germinar en mi interior una curiosidad por la creación literaria que, sin embargo, no germinó hasta sobrepasada la tercera década de edad.

En ese momento empiezo a escribir relatos y novelas cortas que remito a diferentes premios literarios, obteniendo, desde entonces, alrededor de trescientos cuarenta galardones, principalmente en el ámbito del relato corto. Premios en certámenes como el "Ciudad de Tudela", "Café Compás" en Valladolid, "Pablo de Olavide" en La Luisiana (Sevilla), "Relatos con zapatos" en Arnedo "La Rioja", "Ciudad de Mula", "Villa de Iniesta", "Villa de Mendavia", "Antonio Porras" en Pozoblanco (Córdoba), "Frida Kahlo" en Rivas-Vaciamadrid, "Villa de Binéfar", "Esteban Manuel de Villegas" en Nájera (La Rioja) o el "Escrits a la tardor" en La Eliana (Valencia), entre muchos otros.

En novela corta he obtenido premios como el "Castillo-Puche" en Yecla, el "Princesa Galiana" en Toledo, el "Villa de Tíjola", el "Ategua" en Castro del Río (Córdoba), o el "Otoño de Chiva", en Chiva (Almería), por citar algunos de ellos.

Hasta la fecha he publicado las novelas "El Mar de Lomé", Editorial Ochoa, 2009. "El anhelo del diablo", Uno Editorial, 2014. "El local de Jazz", Ediciones Quintanar, 2015. "Corderos" Colección Hécula, 2016, "Mañana hoy será ayer", DB Ediciones, 2016,

"Tantos perros como collares", Editorial Denes, 2018, "Octubre", Editorial Buscarini, 2019, "Los gorriones dormidos sueñan con un cielo sin halcones", Ediciones del Ateneo de Onda 2020, "Maratón", Ediciones Quintanar, 2021 y "Los abismos de la piel", Ediciones Quintanar, 2022.

Además, he elaborado artículos sobre tradiciones riojanas, sus fiestas populares, historia y cultura, en publicaciones como "Belezos" del Instituto de Estudios Riojanos o la revista "Turismo Rural".

La discreción del doctor Fonseca

Logroño, 1973.

De entre todas las cartas que seguía recibiendo la viuda Fonseca a nombre de su marido, semanas después de su deceso, aquella le llamó poderosamente la atención, no sabría explicar por qué. La abrió con prisas, rasgando el sobre en lugar de emplear el abrecartas de latón que su esposo disponía sobre el escritorio de la sala que empleaba como consulta particular, y por donde habían pasado, con el rostro compungido y aquejados de dolencias varias, los más nobles apellidos de todo Logroño. Tras hacerlo, logró leer las tres primeras líneas en pie. Para el resto, empero, tuvo que buscar asiento donde dar equilibrio a sus asustadas posaderas o, de lo contrario, hubieran besado la alfombra que tupía el suelo de una sala que, a pesar de su enormidad, a la viuda Fonseca repentinamente se le antojó minúscula. Le costaba respirar. Cada soplo de aire, viciado y denso, parecía tener que atravesar una enorme bola de algodón que le atorase la garganta antes de alcanzarle los pulmones.

Ya restablecida, después de dar lectura a la breve misiva y no dar crédito a lo que había leído, decidió leerla una vez más, con la estúpida creencia de que tal vez las letras saltaran de su sitio, variándolo en la carta, para transformar aquello que esa correspondencia de su marido desvelaba en otra muy distinta, cualquiera resultaría menos dolorosa por triste que fuese.

Querido Emilio,

Te escribo esta carta porque hace ya tres semanas que no sé de ti, y no tengo otra forma de ponerme en contacto contigo sin sacar a la luz nuestro grave problema.

El embarazo sigue su curso y aún no he recibido noticias de ese amigo tuyo de la facultad que dijiste que podría ayudarnos. No sé qué hacer, estoy desesperada. Y para colmo, no apareces por mi piso.

¿Acaso ya no me amas como decías que me amabas? ¿Acaso me achacas haberme quedado encinta, cuando eras tú quien descabalgaba en mi interior con una pasión desmedida? ¿Acaso le has contado a tu mujer lo nuestro y has decidido abandonarme como me jurabas que la plantarías a ella?

Podría soportar una ruptura, bien lo sabes. Pero no en estas circunstancias; embarazada y con mis exiguos recursos económicos, no sabría qué hacer, cómo actuar.

Necesito verte y que aclaremos el porqué de este desvanecimiento tuyo, ahora que es cuando más te necesito.

No sé qué será de esto que late en mi interior y que comienza a dar cuerda a mis sístoles y diástoles, pero sea lo que sea que ocurra debemos hablarlo mirándonos a los ojos. Este sábado, a las seis y media de la tarde, te espero en uno de los bancos del Espolón, frente a la estatua del general Espartero.

Siempre has sido un hombre discreto, no me obligues a revelar lo que tanto tiempo hemos mantenido oculto.

La desesperación y mis problemas económicos me obligarían a hacerlo.

Siempre tuya.

María Rosa.

El hecho de que el factor sorpresa hubiera desaparecido con la segunda lectura no minimizó, ni lo más mínimo, el escozor que le producía cada frase leída. Era como si al hacerlo, mientras sus dedos recorrían aquella caligrafía descuidada, sus pulpejos en lugar de papel estuvieran acariciando un tapiz de ortigas.

Bien sabía, era innegable, que su marido, el insigne doctor Emilio Fonseca, había disfrutado de una vida privada más allá de lo marital. A lo largo de sus casi tres décadas de matrimonio había intuido ciertos

escarceos en forma de perfumes intuidos, sonrojos a destiempo o salidas a deshoras, que justificaba como urgencias imprevistas, aunque en ningún momento había llegado a escuchar el teléfono de su despacho. Sin embargo, educada en la creencia de que lo que no se ve no provoca sufrimiento y que la mujer en un hogar debe garantizar la firmeza de sus cimientos, la viuda Fonseca había hecho oídos sordos a todos esos avisos previos del destino, basando su felicidad en la crianza de sus tres vástagos y una vida social cosmopolita e inundada de actos filantrópicos, en los que financiaba a artistas de bolsillos vacíos y manos anhelantes, y alimentaba la buena fama del apellido que ella misma había tomado al desposarse, siendo poco más que una cría, con Emilio Fonseca, a la sazón diez años mayor que ella y con una posición social que la había enamorado más que los supuestos atractivos del ya fallecido doctor.

Además, bien cierto era que el doctor Fonseca era un hombre reservado, por lo que sus aventuras, al igual que las gonorreas, tricomoniasis o sífilis de sus avergonzados e infieles pacientes de la consulta, eran veladas por una discreción que frisaba la hipocondría. Jamás la sombra de la sospecha había sobrevolado la coronilla del prohombre, garantizando la buena salud de su estatus. Condición, esta última, que a razón de las noticias que revelaba aquella carta, podía cambiar completamente de llegar a conocerse el estado de buena esperanza de su amante.

En un principio, al saber que el bastardo que comenzaba a gestarse en el vientre de aquella María Rosa compartía el cincuenta por ciento de la sangre de sus propios hijos, había cavilado sobre la posibilidad de hacerse cargo de él o ella, fuera lo que fuese que la madre naturaleza tuviera a bien conceder a aquella mujer como legado póstumo de su esposo. Sin embargo, por más que tratara de escudar aquella incorporación tardía a su familia como una adopción con la que llenar el vacío de su esposo o un acto de ca-

ridad con una sobrina díscola, la viuda Fonseca optó por una vía más tajante y, llegado el día en que María Rosa se había citado con su esposo, se presentó en el paseo del Espolón con gafas oscuras, pelo recogido en un moño y el vestido más discreto que había encontrado en su amplio vestidor. Completaban el conjunto unos zapatos planos, por si hubiera que salir corriendo, y un bolso marrón ajado del hombro zurdo.

No tuvo que escrutar durante demasiado tiempo los rostros de la multitud que nutría el Espolón para hallar a quien buscaba. María Rosa destacaba entre el conjunto como un párroco en mitad de una nevada. Joven, de no más de veintidós, quizá veintitrés años, la muchacha, vestida con un gabán largo de entretiempo a pesar de que mediaba un junio especialmente cálido, miraba el suelo sentada en un banco, mientras con ambas manos protegía un vientre cuyo volumen quedaba velado por la amplia vestimenta que había elegido para la cita que creía que era con su furtivo amante.

La viuda Fonseca, consciente de que probablemente no la conociera o no supiera reconocerla dado el aspecto que había elegido para presentarse allí, se sentó unos breves minutos en el banco que quedaba frente a la muchacha, donde hizo compañía a un octogenario que alimentaba palomas con pellizcos de pan duro. Sintió una profunda lástima por ella. Había sido engañada por un hombre mucho mayor que ella, con devoción por las jovencitas de desprecintada castidad, que, sabiéndose profanadas por la experiencia de la madurez, no dudan a la hora de complacer a quien les promete todo lo que anhelan, hasta que la realidad las devuelve a un mundo al que creían que no regresarían. Solo que en aquel caso, María Rosa tenía que hacerlo con una carga de la que debería ser garante durante toda su vida. Puede que se viera reflejada en ella. Aunque la diferencia de edad era menor, ella misma se había visto encandilada por el doctor cuando era poco más que una niña, y él un descendiente talentoso de una familia de bien que, concluidos sus estudios sobre

Medicina en Madrid, regresaba a Logroño triunfante. A ella también la había tentado y vencido esa pose de noble de mano tendida. Nadie había echado cuentas más de lo necesario, pero, si lo hubieran hecho, habrían atendido al hecho de que Ginés, el mayor de sus tres hijos, no había sido un sietemesino de salud envidiable. Si cuando nació lo hizo con tres kilos cuatrocientos gramos, piel sonrosada y una notable mata de pelo negro tapizándole la cabeza, no era sino por el hecho de que, aunque solo habían pasado siete meses desde la noche de bodas, los plazos de cualquier embarazo entre Homo sapiens se habían cumplido a rajatabla.

Se levantó y caminó hacia la joven, cruzando entre el alfombrado de palomas que picoteaban los manjares que el anciano esparcía a su alrededor. A medida que se acercaba su corazón aumentaba su cadencia. Principalmente cuando, al encontrarse a apenas un par de metros de la muchacha, ella alzó la vista y, al estrellarse las pupilas de ambas, reconocieron el papel a interpretar en aquella secuencia.

—Supongo que eres María Rosa —dijo la viuda Fonseca, sentándose a su lado sin siquiera extenderle la mano o prolongar el saludo inicial más allá de esa frase. La joven asintió con la cabeza, cerrando más aún el gabán sobre su vientre—. Mi marido ha muerto de forma repentina —le espetó con dureza.

Los ojos de María Rosa se anegaron en un dique acuoso en el que sus pupilas nimbaron como dos lunas negras, alumbradas por un sol decadente; uno que desfallece por detrás de un horizonte de realidades desveladas a destiempo.

—Emilio —acertó a bisbisear la muchacha con voz hipada.

Toda la compasión que la viuda Fonseca hubiera podido llegar a sentir por la joven metamorfoseó en una profunda inquina en aquel instante. La forma en la que la embarazada había pronunciado el nombre de

pila de su esposo dejaba a la vista que su relación, al menos para ella, había sido mucho más que un mero desahogo carnal. Aquella joven estaba enamorada de su marido y la noticia de su muerte había tenido aún más impacto que en ella, que era, a fin de cuentas, quien le había tomado la mano cuando lo encontró muerto en su despacho, víctima de un fulminante e imprevisto infarto.

En su imaginación se agolparon cientos, miles de instantáneas protagonizadas por los infieles. Abrazos en la cama, besos en los labios, paseos de la mano... un sinfín de evocaciones fantaseadas que el dolor de María Rosa demudaba en tangibles y que le inoculaban una sensación de desamparo, traición y soledad, aún mayor que su lógica condición de viuda.

Terca en su decisión de no dejarse ablandar por el incierto futuro que le esperaba a aquella muchacha, la viuda Fonseca abrió el bolso, sacó de su interior un grueso sobre envuelto en una bolsa de plástico y lo colocó sobre el abdomen de la joven, que se preocupó de protegerlo de las manos de aquella mujer, no fuera a ser que tratara de hacer daño a su criatura.

—No voy a hacerte nada —dijo con mesura, regresando las manos al pliegue de su bolso, después de dejar el sobre en el regazo de la amante de su marido—. Son seis millones de pesetas. Es mucho dinero. Una pequeña fortuna para una muchacha como tú, que seguro que no cuenta ni con estudios ni con una familia pudiente por detrás que pueda hacerse cargo del bebé.

La joven abrió con delicadeza el sobre, miró el contenido, inundado de billetes de todos los tamaños y colores posibles, muchos más de los que jamás hubiera visto juntos, y volvió a cerrarlo. Gruesas lágrimas recorrían con lentitud las mejillas rusientes de la joven.

—Poco me importa qué ocurra con ese hijo tuyo, pero no llevará el apellido de mi familia —le advirtió la viuda—. Mi marido era un hombre prudente, mucho, espero que además de los placeres de entre sábanas, también te inculcara el valor de la discreción. Yo, por mi parte, te mostraré uno más. En esta ocasión he sido generosa, mucho. Si vuelvo a verte cerca de mi familia o tratas de ponerte en contacto con nosotros, el dinero lo emplearé en métodos más taxativos. Y antes de que puedas llegar a preguntarlo: sí, es una amenaza —concluyó poniéndose en pie, con la pose de una aristócrata en decadencia que se ve obligada a transitar por las ruinas de su propio fracaso.

—Así lo haré —aceptó María Rosa sin alzar la cabeza, mirando los zapatos oscuros sin tacón que la viuda Fonseca había elegido para marchar como marchó de aquel breve encuentro, con presteza.

La muchacha la vio alejarse en silencio, enjugándose las lágrimas con un paso de manga, que dejó una estela rojiza en sus párpados, tenuemente hinchados. Se levantó, guardó el sobre en uno de los bolsillos de su exagerado gabán y atravesó el paseo del Espolón en dirección contraria a la que la viuda había tomado, adentrándose más tarde por la calle Bretón de los Herreros, donde se introdujo en la Cafetería Delibes. Pidió un café con leche, pagó con calderilla y se sentó en una de las mesas del fondo del establecimiento, tras cruzar por el final de la barra, donde eligió, de entre toda la prensa del día, el periódico regional.

Allí, con calma, después de pasar sin interés las páginas dedicadas a las noticas comarcales, deportes, cultura y anuncios por palabras, se detuvo en la sección de necrológicas y fue mirando con detalle todas y cada una de las defunciones que se habían dado durante los últimos días en Logroño y localidades de la provincia, como Nájera, Haro, Calahorra, Fuenmayor o Santo Domingo de la Calzada.

Junto a la noticia del deceso de Fuensanta Moreno Azofra, natural de Bobadilla a los ochenta años de edad, se informaba, del mismo modo, del fallecimiento del empresario bodeguero Justino Ocón Ledesma, natural de Villalba de Rioja y residente, a juzgar por donde se darían las exequias, en la cercana, próspera y vinícola ciudad de Haro.

Apuró el café de un sorbo, se acercó a la barra y pidió al camarero con amabilidad que le acercase la guía telefónica. Mientras el solícito barman caminaba a por ella, sin disimulo alguno, Jacinta Soldevilla se extrajo el cojín de punto que hasta aquel instante le había calentado el vientre, hasta dejar una destacada mancha de sudor sobre el respaldo que su abuela empleaba para ver la televisión desde el sofá orejero. Cuando el camarero regresó con la guía la joven pasó las páginas hasta dar con las dedicadas a la ciudad en la que residía hasta su muerte Justino Ocón, cuyo nombre figuraba junto a su número de teléfono y una dirección postal que ella escribió, con su característica y ruda caligrafía, en una servilleta de papel. Después, salió de la cafetería dejando sobre la barra una propina de diez pesetas, en el suelo un cojín húmedo y en su determinación un nuevo órdago a la dignidad de una familia que, sin lugar a dudas, querrían llevar el tema con la mayor discreción posible.

ACTA DEL FALLO DEL XXXI CERTAMEN PROVINCIAL ESCOLAR DE CUENTOS "VALENTÍN ANDRÉS" CATEGORÍA A

En Grado/Grau, siendo las diecinueve horas del día treinta de junio de 2023, se reúne el Jurado calificador del XXXI Certamen Provincial Escolar de cuentos "Valentín Andrés", convocado por las Asociación Cultural "Valentín Andrés", con el patrocinio del Ilmo. Ayuntamiento de Grado, Principáu d'Asturies, Cárnicas Benfer, Funeraria San Pedro, Alternativas, TYC La Mata, Sidrería Agrobar La Finca, formado por las personas que se citan:

D. Daniel Menéndez Suárez
D. Arturo Álvarez López
D. Daniel Menéndez Menéndez

para tratar el siguiente ORDEN DEL DÍA:

Emitir veredicto sobre la clasificación de los cuentos presentados al XXXI Certamen Provincial Escolar "Valentín Andrés" en su Categoría "A" (Alumnos/as de Ed. Primaria de 1º y 2º ciclo).

Bajo la Presidencia de D Daniel Menéndez Suárez, y actuando como Secretario D. Daniel Menéndez Menéndez, la sesión se desarrolló como sigue:

1º.- Se acuerda conceder el PRIMER PREMIO, galardonado con un eBook, diploma y publicación del cuento, al relato titulado: **"La Aventura en el Monte de los Eucaliptos"** presentado bajo el seudónimo de **Rosa de Picalgallo** y que corresponde a **Ángela Mercedes Fernández López,** alumna del Colegio Público Virgen del Fresno.

2º.- Se acuerda conceder el SEGUNDO PREMIO, galardonado con Lote de libros, diploma y publicación del cuento, al relato titulado: **"¿Las Sirenas Existen?**" presentado bajo el seudónimo de **Sirena** y que corresponde a **Mara Miranda Redruello,** alumna del Colegio Público Virgen del Fresno.

Y no habiendo más asuntos que tratar, se levanta la sesión a las 20:00 horas del día treinta de junio de 2023. Y para que conste, firma la presente acta.

1.er Premio
Categoría Escolar A

Ángela Mercedes Fdez. López
Grau/Grado

Aventura en el Monte de los Eucaliptos

Ángela Mercedes Fdez. López

Grau/Grado

Me llamo Ángela Mercedes Fernández López. Tengo 10 años y he cursado 4º de primaría en el Colegio Virgen del Fresno de Grado.

Una de mis aficiones es la música, toco el piano y la guitarra.

Practico algunos deportes como el tenis, fútbol, patinaje astístico y natación. También me gustan la informática, la pintura y los animales, mis favoritos son los gatos.

Me encanta leer libros y escribir.

Aventura en el Monte de los Eucaliptos

Bruna tiene doce años, es una guapa niña de grandes ojos azules como el mar y cabellos rubios como el color del trigo al sol. Vive en un piso en Oviedo con sus padres y sus dos hermanos, uno de diez años y otro de quince. En el colegio, Bruna es una alumna buena, responsable y trabajadora, por ello, siempre saca muy buenas notas. Durante las vacaciones se va a casa de sus abuelos que viven en un pueblecito perdido en la montaña y cuidan del perro de Bruna; el perro se llama Iñaki y es un cariñoso caniche marrón claro. La montaña donde está asentado el pueblo de los abuelos se llama "Monte de los Eucaliptos" y a Bruna le encanta pasear entre esos árboles tan altos. Sus abuelos se habían mudado allí unos años antes porque se estaban haciendo mayores y era bueno que respiraran ese aire tan puro.

En el pueblo de los abuelos vive un niño llamado Pedro y es, junto con Iñaki, el mejor amigo de Bruna. Todos los días Bruna se levanta a las seis y media de la mañana para pasear a su querido perro y queda con Pedro que a esa hora sale a cuidar a sus seis cabras.

Una mañana del mes de julio, cuando Bruna y Pedro salieron a hacer su paseo diario de unos diez kilómetros con el perro y las cabras, el cabritillo más pequeño (que tan sólo tenía unas semanas) decidió coger un desvío hacia lo más profundo del bosque, porque como era el más chiquitín todavía no estaba acostumbrado al camino por el que solían ir Bruna y Pedro. Los dos amigos se asustaron cuando el cabritillo desapareció entre los eucaliptos, porque por las noches se oía aullar a los lobos en la zona. Así pues, se apresuraron a ir a buscarlo antes de que anocheciera. A medida que se adentraban en el oscuro bosque, se fueron desorientando, por lo que tomaron un camino que no habían visto nunca y que, a juzgar por

la maleza que tenía, hacía mucho tiempo que nadie utilizaba.

Caminaron durante varias horas y no encontraron ningún rastro del cabrito. Era como si se hubiese desvanecido. Por fin, cuando ya empezaba a anochecer, oyeron un balido débil y lejano, así que echaron a correr hacia el sonido seguidos de cerca por las cinco cabras y el perro. Se llevaron una gran sorpresa cuando al llegar a un claro del bosque a la entrada de una gran cueva, se encontraron con un oso que trataba de proteger al cabrito de un lobo hambriento. Rápidamente, Bruna y Pedro se armaron con largos palos y se unieron al oso para espantar al lobo. Al cabo de unos minutos de feroz lucha, el lobo se dio por vencido al fin y salió huyendo como alma que lleva el diablo.

Después de tranquilizarse tras la pelea, Bruna se dio cuenta de que el oso que había salvado al cabritillo, sangraba por una pata. ¡El lobo había conseguido morderle! Como los dos amigos le estaban muy agradecidos por haber salvado a su cabrito, quisieron devolverle el favor no permitiendo que muriera desangrado y se dispusieron a vendarle la herida con el jersey que Pedro llevaba atado a la cintura.

Cuando consiguieron que parara de sangrar, el oso se dirigió a la cueva mirándoles fijamente, como pidiéndoles que le siguieran. Los chiquillos se adentraron en la cueva por un pasillo iluminado por antorchas mágicas y llegaron hasta el final de la cueva donde les esperaba el oso al lado de un gran tesoro pirata. Por encima de joyas y piedras preciosas (¡había de todo!: esmeraldas, diamantes, oro...) destacaba una espada con una gran esmeralda en la empuñadura y una hoja que brillaba como la luz del día. El oso miró a los niños con ojos tristes y después miró hacia la espada mágica. Con un gruñido, la cogió con los dientes y la puso a los pies de Bruna. Al principio, Bruna no entendía muy bien lo que le intentaba decir el oso, pero después se fijó en que había una pintura en una de las paredes de la cueva; la miró y vio un dibujo de una persona clavándole la espada resplandeciente al

oso. Entonces, con tristeza, se dio cuenta de que el oso le estaba pidiendo que lo ayudara a acabar con su sufrimiento con aquella espada tan brillante. Así que, armándose de valor, cogió la espada y le contó a Pedro lo que se disponía a hacer. Pedro no había visto la pintura y se opuso a la idea, hasta que Bruna, señalando la pintura en la pared, le explicó qué era lo que el oso deseaba.

Aunque no quería hacerlo, Bruna le clavó la espada al oso como había visto en la pintura. De repente, una luz cegadora llenó la cueva y cuando se apagó, en lugar del oso, estaba un hombre con una pata de palo y un parche en el ojo izquierdo. Mientras se descomponía en polvo, el hombre les explicó su historia:

Era el capitán de un barco pirata que se hundió en la costa trescientos años antes. Habían decidido descargar sus tesoros en la cueva en la que estaban, pero al volver al barco se desató una gran tormenta. Sólo él consiguió salvarse del naufragio. Unos días más tarde, se encontraba el pirata intentando cazar algún animal para comer, cuando se tropezó con un trasgu que se estaba bañando en una charca de aguas cristalinas. El trasgu, al verse descubierto, se molestó y lanzó un maleficio sobre el pirata convirtiéndolo en un oso y guardián de la cueva que guardaba el tesoro. También lo condenó a vagar por el Monte de los Eucaliptos, hasta que alguna persona buena matase al oso con la espada mágica como estaba explicado en el dibujo de la pared. El hombre estaba tan agradecido, que les regaló el gran tesoro a los dos amigos.

Bruna y Pedro no tardaron en encontrar el camino de vuelta a casa. Todo el pueblo los estaba buscando, pues habían pasado demasiadas horas en el bosque. Tanto los abuelos de Bruna como los padres de Pedro lloraron de alivio al verlos regresar sanos y salvos. Todos se sorprendieron mucho cuando vieron el gran tesoro que traían los chicos (que las cabras e Iñaki ayudaron a transportar de vuelta a casa) y aún más al saber que semejante tesoro había pasado trescientos años escondido muy cerca de allí.

2.º Premio
Categoría Escolar A

Mara Miranda Redruello
Grau/Grado

¿Las sirenas existen?

Mara Miranda Redruello

Grau/Grado

Mi nombre es: Mara Miranda Redruello; tengo 10 años, vivo en Grado y este año comenzaré quinto de primaria en el CP Virgen del Fresno.

Me gusta mucho leer, el surf, el tenis y pasar tiempo con mi familia y amigos.

Para escribir este cuento he dejado volar mi imaginación, que, para mí, es el súper poder que tenemos los niños.

Es el segundo año que me presento a este concurso, animada por mi profe Ana, a la que le debo en parte este premio.

Me siento muy emocionada. ¡Muchas gracias!

¿Las sirenas existen?

Prestad atención: lo que os voy a contar es mi historia. Seguro que muchos alguna vez os habéis preguntado si las sirenas existen, pues aquí encontrareis la respuesta. Pues sí, sí existen, pero no son como la sienita Ariel, o como..., bueno ya no se me ocurren más pelis, pero seguro que las hay.

Las sirenas reales son muy feas, no tienen uñas, tienen garras y los dientes más afilados que los de un tiburón, sus escamas son plateadas, su piel negra, son muy malas y, lo peor de todo, es, es... ¡QUE ODIAN A LAS NIÑAS!

Sí, habéis leído bien, odian a las niñas. Para ellas, las niñas son seres asquerosos y repulsivos, pero claro, pensaréis que ellas también han sido niñas, pero no, las sirenas de pequeñas se llaman silas.

Al alcanzar la mayoría de edad se convierten en sirenas reales y reciben dones mágicos, casi se me olvida deciros cómo son: pueden hacerse invisibles, respiran bajo el agua (las silas tienen branquias) y se convierten en xanas cuando ellas quieren.

Mi historia empieza en un día lluvioso de verano. Estábamos dando un paseo por el bosque, mi madre, mi hermano y yo. Se me olvidaba presentarme; me llamo Laila, tengo nueve años, el "imbécil" (así llamo a mi hermano), se llama Nel y tiene seis años, mi madre se llama Laura y mi padre, que trabaja mucho, se llama Eric. Vivimos en un pequeño pueblo del concejo de Grado llamado Cañedo. Bueno, ahora que ya sabes algo de nosotros, sigamos con la historia. Nuestra madre nos dejó ir a jugar al bosque de al lado de nuestra casa y, mientras jugábamos, vino un hada (todavía no sabíamos nada del tema de las sirenas) y nos explicó que las sirenas querían cazar a las hadas para conse-

guir elixir de resurrección, que, en su mundo, es como una armadura de Netherita encantada en Minecraft. ¡Venía a pedirnos ayuda!

Las sirenas viven en una laguna del bosque al lado de la aldea de las hadas, junto a los tritones.Nosotros no nos lo podíamos creer: ¡sirenas y hadas de verdad! Nosotros aceptamos ayudarlas y nos llevó a la aldea de las hadas donde nos echó unos polvos mágicos que nos convirtieron en seres minúsculos. A lo lejos vimos una puerta de nuestro tamaño y entramos. Al instante, volvimos a nuestro tamaño normal; había muchas pequeñas casas a nuestro alrededor y yo me fijé, especialmente, en una que estaba adornada con flores.

Después nos llevó a una laguna en la que vimos ¡xanas y sirenas! Las xanas eran preciosas y las sirenas eran horrorosas.

Las xanas nos atraían para meternos al lago, mientras tanto, las sirenas estaban buscando peces para la cena. Mientras tanto vimos a una sila llorando desconsolada y cuando le preguntamos por qué estaba llorando nos dijo que nadie la quería: ni las sirenas, ni las silas, ni los tritones, ni los tolis (así se llaman los tritones de pequeños). El hada le preguntó si quería ayudarnos, a lo que ella, entusiasmada, respondió que sí.

En ese momento, el hada la convirtió en humana.

Entonces comenzaron a hablar:

· Sila: ¡Las sirenas quieren acabar con las hadas y las niñas!

· Hada: ¡Hay que impedírselo!

· Narradora: ¿Y cómo lo haremos?

- El imbécil: Trazaremos un plan.

- Sila: Me llamo Lili.

- Narradora: El plan será este: Lili, tú harás como que persigues a...

- Hada: ¡Me llamo Noa!

- Narradora: Eso, a Noa; mientras la persigues, avisad a las demás hadas para que salgan al exterior, allí estaremos el "imbécil" y yo con el equipamiento necesario. Cuando se equipen atacaremos por sorpresa. ¿Entendido?

- Todos: ¡Sí, vamos allá!

El plan está yendo bien, ¡Atacad!

Sólo se escuchaban gritos, hasta que...

¡Mi hermano y yo empezamos a flotar! ¿Pero cómo...? ¿Por qué...?

Todas las hadas y sirenas se pararon en seco. En el medio del árbol se pudo ver algo que era mitad hada, mitad sirena, mitad humana, (se llaman cíclais). Se dirigió a mi hermano y a mí y nos dijo:

- Hola, niños qué tal estáis. Parece que estáis ayudando a las hadas. Me paso por aquí, de vez en cuando, para ver si ya habéis llegado.

- Pero, ¿por qué nos esperas?

- Parece que vuestra madre no os ha hablado de mí, soy vuestra abuela.

- ¡¡¡Qué!!!, gritamos mi hermano y yo. Y, de repente, nos convertimos en ¡cíclais!

Nuestra abuela nos dijo: Mientras estéis aquí tendréis esta forma, pero fuera del árbol adaptaréis vuestra forma normal. Tomad esta flor.

Rin, rin, rin. ¿Qué está pasando? Estoy en mi cama y, ¡en mi mesita está la flor que me dio mi abuela!

Voy corriendo a la habitación de mi hermano y me lo encuentro en el pasillo; le pregunto si ha tenido el mismo sueño que yo y él me responde que sí.

Entonces me pregunto: ¿sería verdad o sólo sería un sueño?

FIN

ACTA DEL FALLO DEL XXXI CERTAMEN PROVINCIAL ESCOLAR DE CUENTOS "VALENTÍN ANDRÉS" CATEGORÍA "B"

En Grado/Grau, siendo las veinte horas del día treinta de junio de 2023, se reúne el Jurado calificador del XXXI Certamen Provincial Escolar de cuentos "Valentín Andrés", convocado por las Asociación Cultural "Valentín Andrés", con el patrocinio del Ilmo. Ayuntamiento de Grado, Principáu d'Asturies, Cárnicas Benfer, Funeraria San Pedro, Alternativas, TYC La Mata, Sidrería Agrobar La Finca, formado por las personas que se citan:

D. Daniel Menéndez Suárez

D. Arturo Álvarez López

D. Daniel Menéndez Menéndez

para tratar el siguiente ORDEN DEL DÍA:

Emitir veredicto sobre la clasificación de los cuentos presentados al XXXI Certamen Provincial Escolar "Valentín Andrés" en su Categoría "B" (Alumnos/as de Ed. Primaria de 3º ciclo).

Bajo la Presidencia de D. Daniel Menéndez Suárez, y actuando como Secretario D. Daniel Menéndez Menéndez, la sesión se desarrolló como sigue:

1º.- Se acuerda conceder el PRIMER PREMIO, galardonado con un eBook, diploma y publicación del cuento, al relato titulado: **"La bahía Misterio"** presentado bajo el seudónimo de **Xana Rizosa** y que corresponde a **Inés Fernández Menéndez,** alumna del C.P. Buenavista 1, de Oviedo/Uviéu.

2º.- Se acuerda conceder el SEGUNDO PREMIO, galardonado con Lote de libros, diploma y publicación del cuento, al relato titulado: **"Cómo cuidar a mi humano"** presentado bajo el seudónimo de **Bravo** y que corresponde a **Alejandro Marrao**

Suárez, alumno del Colegio Público Virgen del Fresno.

Y no habiendo más asuntos que tratar, se levanta la sesión a las 20:45 horas del día treinta de junio de 2023. Y para que conste, firma la presente acta.

1.er Premio | **Inés Fernández Menéndez**
Categoría Escolar B | Oviedo/Uviéu.

La bahía Misterio

Inés Fernández Menéndez

Oviedo/Uviéu.

Soy Inés Fernández Menéndez y nací en Oviedo en el año 2012.

Llevo escribiendo historias desde los seis años y lo que más me gusta hacer es leer.

Estudio en el colegio Buenavista I de Oviedo; soy nadadora del Club Natación “El Cristo” y estoy aprendiendo a tocar la gaita.

La bahía Misterio

La bahía Misterio es una bahía como cualquier otra, pero nadie ha oído nada sobre ella.

Los secretos que albergan sus tres islas, la Habitable, la del Templo y la Secreta serán revelados a continuación.

La familia de Laura vive en la isla Habitable desde que ella era muy pequeña.

Un día, Laura fue hacia la isla del Templo sobre un puente que ella misma fabricó con piedras y madera. La niña llegó a la isla del Templo con su peto verde empapado, los playeros rasgados y la camiseta hecha un asco, pero llegó de una pieza, lo más importante para ella.

Laura vio el Templo ante ella, pequeño y sencillo. Un escalofrío recorrió su espalda al oír un ruido que parecía proceder del Templo. Laura entró y una chica vestida de colores chillones apareció frente a ella.

-Soy Phoebe, la guardiana de este Templo, dijo con voz misteriosa.

-Yo soy Laura Colinas, una aventurera.

Estuvieron largo rato hablando sobre el oficio de guardiana del Templo, hasta que Phoebe le dijo que debía partir a la isla Secreta para encontrar un cofre con sus tesoros. Laura intentó convencerla de que fuera con ella, pero no hubo manera.

Se alejó, sobre un delfín hacia la isla Misterio, resistiendo la tentación de volver a casa.

Estuvo varios días en la isla, pero no encontró el tesoro de Phoebe.

La guardiana le dio un mapa y, según él, el tesoro estaba en una mina, que Laura no conseguía encontrar por mucho que buscó.

Tras uno o dos días más, encontró una piedra rojiza a la que pegó una patada. Ante ella apareció la mina, que estaba enterrada bajo tierra, así que entró; había una rampa cubierta de musgo y barro. Se resbalaba mucho, y lo único que había para agarrarse era una barandilla de madera podrida. Se resbaló con el barro y cayó al suelo. Empezó a deslizarse sobre el barro y el musgo por la rampa, incapaz de ponerse en pie. Cuando al fin llegó a la parte de abajo, se puso en pie, con cuidado de no resbalar de nuevo, y avanzó temblorosa. Y se quedó un rato parada. Estaba llegando a lo que parecía ser una sala cubierta de musgo y más y más barro. También había un techo abovedado, hecho con piedras de distintos tamaños. Y, cómo no, pegadas con barro. Daban un ambiente bastante misterioso. A lo lejos distinguió un cofre pequeño. Avanzó con cautela hacia él, lo cogió y miro a su alrededor; ¡el suelo empezaba a temblar!, metió el cofre en su bolsillo y empezó a correr. Las piedras que formaban la bóveda empezaron a desplomarse sobre el suelo. ¡Debía darse prisa! Consiguió subir la rampa con dificultades, pero llegó. ¡Por los pelos! Abrió la pequeña caja mientras respiraba aliviada.

En el cofre había oro, joyas y más cosas, pero la niña lo cerró de golpe. ¡Una ola enorme se alzaba frente a ella! Sintió como el corazón le daba un vuelco.

- ¡¡¡TORMENTA!!!-gritó con todas sus fuerzas (las que le quedaban, que no eran muchas).

La ola rompió en la isla, con la suerte de no llevarse nada por delante.

- Debo darme prisa- se dijo a sí misma. Laura se escabulló tras unos árboles hacia el mar. Al llegar a la orilla, buscó ramas y piedras para hacer un puente

por donde cruzar a la isla del Templo y así darle el cofre a Phoebe y volver a su casa. Cruzó el puente y entró corriendo al templo. Se lo tendió a la guardiana, que le dio las gracias a Laura y abrió el cofre. Entonces Phoebe le dio a Laura un collar de perlas blancas que había en el cofre.

- Para que siempre te acuerdes de mí. -le dijo. Entonces Phoebe creó un puente hecho con magia de su varita mágica, que estaba en el interior del cofre. Laura se alejó de la isla de Phoebe, con el collar que le había regalado bajo la camiseta. Justo cuando se dio la vuelta para despedirse, una ola enorme chocó con la orilla. No rompió el Templo, pero si arrastró a Phoebe.

- ¡¡¡¡¡PHOEBE!!!!-gritó Laura. La niña se sentó en el puente, y contuvo las lágrimas, ya que sabía que no podía hacer nada por una persona que había hecho mucho por ella. Una luz cegadora salió del colgante y formó... ¡La cara de Phoebe!

- No, no estoy muerta, pero lo que estoy es llevada por las olas hacia la península Ibérica. -dijo la cara de Phoebe.

- Me haré con un bote o algo así e iré a ese lugar a esperar a que llegue allí. -decidió Laura. La cara se convirtió en humo morado brillante que se metió en el collar de la niña. A continuación, corrió al templo y allí encontró un barco de vela pequeño. Laura izó la vela y navegó durante dos días comiendo únicamente pescado crudo, un manjar si no posees otro alimento. Tras pasar los dos días, Laura llegó a la península, justo a Gijón. Le dio dos golpecitos a su collar, y una vez más, apareció la cara de Phoebe con purpurina morada.

- Aún no he llegado al puerto, llegaré aproximadamente mañana. -le comentó a Laura.

Laura había pasado la noche en una posada cercana al puerto. Se fue bien temprano y se quedó toda

la mañana esperando a Phoebe en el barco hasta que llegó arrastrada por la marea hacia el puerto. Laura pegó un salto y se subió al barco. Tiró del ancla para que la guardiana se agarrara y subiera al barco.

- Gracias, Laura Colinas, por rescatarme de la marea. – dijo Phoebe mientras se secaba con una toalla.

- No te preocupes, no ha sido nada. -le respondió la niña, hasta que se dio cuenta de que se estaba sonrojando.

- Creo que es hora de que vuelvas a tu casa, Laura. – comentó Phoebe pasándole la mano a Laura por la coleta.

- ¿¿¿QUÉÉÉÉÉÉ??? -gritó Laura. - ¡No estoy lista! Sé que lo acabo de hacer, pero además se avecina tormenta, solo fíjate en las nubes.

A Phoebe se le escapó una risita, y luego dijo: Estás lista, Laura Colinas. Has ido navegando desde la isla hasta aquí. ¡Claro que estás lista!

Laura susurró en el oído de Phoebe estas palabras: ¿Acaso lo dudabas?¡Estoy más que lista!

Laura se despidió de la guardiana y se puso a navegar por el mar, destino la bahía Misterio. Phoebe decidió quedarse en Gijón, y Laura casi lloró, después de todo aquello juntas. La iba a echar mucho de menos.

Tras unas horas en la barca, se hizo de noche. Un trueno sonó a lo lejos, pero cada vez se acercaba más el sonido. Llegó a sonar tan cerca una vez que la niña casi se cae. Vio un relámpago muy cerca, acompañado de una ola enorme.

- ¡¡¡OLAAAA!!!- exclamó Laura, intentando manejar la barca. La ola arrastró la barca atrás, y la niña cayó al agua, inconsciente. Abrió los ojos minutos después, y a su alrededor solo estaba el mar, negro por la luz

de la noche. Nadó un poco hacia unos troncos, pero una ola le hizo retroceder y toser. En el punto donde se encontraba no se podía vislumbrar nada, solo la oscuridad del mar. y se preparó para ahogarse al ver que no podía nadar más.

Entonces, despertó en su cama toda sudada.

Laura asumió que todo había sido un simple sueño, pero se fijó que en su cuello relucía el colgante que supuestamente le habían dado.

FIN

2.º Premio
Categoría Escolar B

Alejandro Marrao Suárez
Grado/Grau

Cómo cuidar a mi humano

Alejandro Marrao Suárez

Grado/Grau

Me llamo Alejandro Marrao Suárez, nací el día 22 de marzo de 2011. Siempre he vivido en Grado. Mi padre se llama Alejandro Marrao Galán y mi madre se llama Lourdes Suárez Villar. Tengo un hermano de 5 años y dentro de unos meses tendré otro.

Iba al Colegio Virgen del Fresno pero, el curso que viene, ya voy a empezar el instituto.

Me gusta leer, jugar baloncesto (algún día seré el mejor jugador de baloncesto).

Me ha ilusionado recibir el premio, porque yo no me lo tomé como un concurso, me lo tomé como algo divertido que hacer, y me encantó escribirlo.

Cómo cuidar a mi humano

¡No, no te vayas!, le ladré a mi humano antes de irse, pero ya era tarde, nunca me entiende, pero ya estoy acostumbrado. Bueno, si no me conocéis soy Bravo y, aunque mi nombre impone, soy un perro bastante pacífico, os explicaré por qué mi nombre y mi historia... Hace mucho yo era un simple perro callejero. A lo lejos escuché a dos perros ladrando, y pensé... ¿Ese ladrido se me hacía familiar!, llegué corriendo, y lo que me encontré me sorprendió, un humano estaba tirado en el suelo siendo atacado por dos perros.Esos dos perros... recuerdo que cuando me abandonaron de pequeño ellos me atacaron... Por suerte logré escapar. Al recordar esto, los ataqué sin piedad y al final salieron corriendo, yo salí herido, pero salvé al humano. Me di cuenta de que este humano llevaba dos artefactos que utilizaba de apoyo, los humanos les llaman muletas. Cuando llegamos a casa me contó un montón de cosas, me daba pena pensar que él no me entendía, pero yo sí lo entendía. Ojalá se lo pueda llegar a explicar algún día. Tanto os he contado que hemos vuelto al presente y... ¡Mi dueño ha vuelto! Estaba demasiado contento, además... ¡Era la hora del paseo! Siempre tengo ganas de la hora del paseo, pero... lo que me dijo mi humano me sorprendió más que la hora del paseo ¡Hoy había concierto! Ah, claro, no os lo expliqué, mi humano tiene una banda de rock, y me apasiona ir a verlo, además tengo que ir a cuidarlo, a veces se emborracha mucho... Él sabe que cuando ladro es hora de ir a casa, así cuido a mi humano.

Al día siguiente no quería jugar conmigo, no paraba de repetirme que tenía “resaca”

No entendí muy bien lo qué es, pero me explicó que le dolía mucho la cabeza.

Estuve todo el día aburrido.... Pero ocurrió otra vez, os explico. Mi humano me dice que vivimos en "un barrio peligroso" Como dice mi humano, hombres malos le quitan la oportunidad de vivir a las personas buenas. Y esa noche ocurrió otra vez, pasé la noche acurrucado al lado de mi humano. Al día siguiente me desperté feliz porque ya no sonaba ¡pum! ¡pum!, después mi dueño se iba a trabajar, aunque él tenía una banda de rock no era lo suficiente importante para ganar comida, así me lo explicaba él. Pasaban los días y mi dueño estaba cada vez más triste, él quería seguir con su banda de rock, pero necesitaba trabajar para poder comer, yo lo notaba triste, pero se me ocurrió una idea... estaba esperando a que volviera del trabajo, cuando volvió se lo mostré... le mostré un periódico que encontré en el suelo de casa, mostraba otra banda de rock, como la suya, pero ellos estaban más felices que mi humano, yo quería que mi humano se sintiese igual que ellos, cuando le mostré el papel... ¡lo entendió! Minutos después hablaba por ese cacharro que utilizan siempre, los humanos les llaman móviles, me parece una pérdida de tiempo, son mejores los paseos de mi humano y yo. Cuando hablaba por el cacharro ese decía algo así como "no, ya no quiero volver más allí, voy a seguir con mi banda de rock"

Pero él lo dijo un poco más enfadado, después apagó el dispositivo y vino a decirme... ¡Bravo... hoy haré otro concierto! Voy a avisar a la banda. En ese momento era el perro más feliz del mundo, nos esforzamos mucho en todos los conciertos y poco a poco logramos... ¡Clasificarnos en la rock cup! Mi humano me explicó que muy pocos grupos lograban clasificarse. No necesitaba nada más para ser feliz, ni él ni yo, él mismo me lo dijo. Como siempre pensó mi humano... Con esfuerzo y amor todo se puede lograr y ¡tenía razón!, ¡llegamos a la final de la rock cup!

Pero mi humano me dijo algo que me enfadó mucho... La banda finalista que iba a competir contra nosotros era... Una de esas personas malas que decía

mi humano. Nos dieron un papel con algo dentro, mi humano lo entendía y me dijo lo que ponía...Decían que si no les dejábamos ganar, como decía mi humano... Nos iban a quitar la oportunidad de vivir.

Eso me enfadó mucho, yo no me iba a rendir, ladré a mi humano hasta que se animara a seguir hasta el final, y... Al final lo logré. El día de la competición estábamos nerviosos. Cuando comenzó lo dimos todo, y al final terminamos ganando... Solo yo estaba feliz, mi dueño estaba preocupado.

Llegamos de noche a casa, cuando llegamos sucedió lo que nos advirtieron.

Un hombre nos estaba apuntando con un artefacto que quita vidas, así me lo explicaba mi humano... Antes de que mi humano pudiera reaccionar, el artefacto hizo un sonido extraño, y mi instinto me hizo saltar para proteger a mi humano, lo único que se me oasó por la cabeza en ese momento fue pensar en el futuro de mi humano, triunfando en lo que siempre amó. Cuando le iba a decir mis últimas palabras a mi humano desperté en una cama donde duermen los humanos. Y ¡lo vi! A mi humano, solo se me ocurrió saltar a abrazarlo, pero no pude, sentía un intenso dolor en la pierna.

Hoy estoy bien. Después de triunfar, mi humano y yo nos fuimos de vacaciones en un barco grande, al que mi humano le llama “yate”. Lo sigo cuidando del alcohol, pero estamos felices, porque así cuido a mi humano...

Bravo

ACTA DEL FALLO DEL XXXI CERTAMEN PROVINCIAL ESCOLAR DE CUENTOS "VALENTÍN ANDRÉS" CATEGORÍA "C"

En Grado/Grau, siendo las diecinueve horas del día treinta de junio de 2023, se reúne el Jurado calificador del XXXI Certamen Provincial Escolar de cuentos "Valentín Andrés", convocado por las Asociación Cultural "Valentín Andrés", con el patrocinio del Ilmo. Ayuntamiento de Grado, Principáu d'Asturies, Cárnicas Benfer, Funeraria San Pedro, Alternativas, TYC La Mata, Sidrería Agrobar La Finca, formado por las personas que se citan:

Dª. María Arango

D. Miguel Zapatero

Dª. Rosa Soto

para tratar el siguiente ORDEN DEL DÍA:

Emitir veredicto sobre la clasificación de los cuentos presentados al XXXI Certamen Provincial Escolar "Valentín Andrés" en su Categoría "C" (Alumnos de ESO)

Bajo la Presidencia de Dª Miguel Zapatero, y actuando como Secretaria Dª. María Arango, la sesión se desarrolló como sigue:

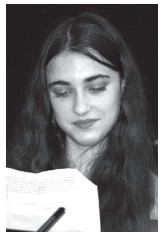
1º.- Se acuerda conceder el PRIMER PREMIO, galardonado con un eBook, diploma y publicación del cuento, al relato titulado: **"La dama de la sombrilla"** presentado bajo el seudónimo de **Némesis** y que corresponde a **Carolina Cosmea Álvarez,** alumna del IES Ramón Areces, de Grau/Grado.

2º.- Se acuerda conceder el SEGUNDO PREMIO, galardonado con Lote de libros, diploma y publicación del cuento, al relato titulado: **"Moscón del 27"** presentado bajo el seudónimo de **Flor Moscona** y que corresponde a **Candela Fernández Solís,** alumna del I.E.S. Ramón Areces, de Grau/Grado.

Y no habiendo más asuntos que tratar, se levanta la sesión a las 20:00 horas del día treinta de junio de 2023. Y para que conste, firma la presente acta.

1.er Premio | **Carolina Cosmea Álvarez**
Categoría Escolar C | Grau/Grado

La dama de la sombrilla



Carolina Cosmea Álvarez

Grau/Grado

Carolina Cosmea Álvarez (Oviedo, 19/08/2007), estudia en el instituto IES Ramón Areces, donde cursó 4º ESO en el momento en el que presentó su cuento La dama de la sombrilla al Concurso de Cuentos Valentín Andrés.

Sus aficiones principales consisten en leer todos los libros que su tiempo libre le permite, dibujar, escuchar todo tipo de música y, por supuesto, escribir. Le fascinan el arte, la literatura, la historia y la criminología. Algunos de sus autores de preferencia son Gustavo Adolfo Bécquer, Alaitz Leceaga, Federico García Lorca, Agatha Christie... La música inspira muchos de sus relatos ya que siempre que escribe debe escucharla, otra de sus manías sería leer la última página de los libros. Le encantaría poder escribir un libro algún día y aprender a tocar el piano y la batería.

En el Concurso Jóvenes Talentos de Coca-Cola obtuvo el tercer premio en la fase autonómica, ganó dos concursos de relatos organizados por su instituto (uno de cartas de amor y otro un microrrelato de Halloween) y destacaron su relato en el I Concurso de Relato Matemático SADEM.

La dama de la sombrilla

La primera vez que fallecí tenía seis años. Embelesada por las amapolas que crecían a orillas del río, escapé de casa al mediodía entre pasos silenciosos y el anhelo de conseguir un ramo de aquellas flores ensangrentadas para mi madre. No abundaba el dinero en la familia, era por eso que almorzábamos pan duro, como los sillares de la capilla del pueblo, y el único regalo que le podía ofrecer a mi madre era un manojo de sus estimadas amapolas. Esperaba regresar antes de la comida. No tardé en perder de vista la piedra de los caminos para adentrarme en las profundidades del bosque, eterno refugio del río y sus amapolas. El rumor sordo de la corriente resonaba en mis oídos. Aquel lugar tenía un imán que me atraía con firmeza, algo sobrenatural. La luz que se colaba entre los robles se reflejaba en el agua dándole un toque grandioso. Divisé las amapolas que florecían en la otra orilla con impaciencia. Debían ser mías. Mi madre las merecía. Recordaba haberla escuchado hablar de esas flores y sobre como nunca se atrevió a conseguir una. Yo era más valiente que mi madre, o, al menos, eso pensaba a esa edad. Mi ilusión infantil y los cabellos rubios que se metían en mis ojos me cegaron. Quizá fue por ello por lo que no fijé la vista en la húmeda capa de musgo que recubría las piedras que sobresalían de las aguas. Aquellas piedras verdes eran el puente hacia sus amapolas. No lo dudé. Retrocedí unos metros para aterrizar en la primera roca. Orgullosa de mi hazaña, me dispuse a saltar hacia otra de las piedras. Fue entonces que, al resbalar en el aterrizaje, caí al río con un golpe sordo. No sabía nadar. Traté de forcejear con la corriente con todas mis fuerzas, pero llegó un momento en el que mi rostro se sumergió por completo y mis pulmones se inundaron definitivamente. Mi cuerpo se rindió. Vi los ojos vidriosos de mi madre, la mueca de mi padre y la angustia de mi hermano. Hasta me pareció ver un grupo de extraños bien vestidos que trataban de llevarme a cierto lugar que desconocía por entonces, pero la sombra de una mujer logró agarrar mi mano. Aquel día debí haberme ido con el grupo de extraños trajeado y no con aquella sombra femenina.

Los días siguientes me encontraba confundida y con la mirada perdida. Se decía que una dama bien vestida y con una sombrilla floreada me había llevado con mi madre. Nadie pudo reconocerla. Las malas lenguas intentaron descifrar el misterio de la dama de la sombrilla que había devuelto a la hija del carpintero durante semanas. Llegaron a decir que la mujer era amante de mi pobre padre o un espectro angelical que me había resucitado. Fue, sin duda, un episodio inusual. En el pueblo no había familias adineradas y todos nos conocíamos. Esto no le importaba a mi madre, cuya enfermedad de los nervios parecía empeorar con el paso de los días, ya que yo estaba viva. Físicamente era innegable, pero, en otro sentido, yo parecía estar muerta. Con los años fui dejando atrás aquel recuerdo. Desde aquel día, empecé a ver cosas que no todo el mundo era capaz de ver, a presagiar ciertos episodios que finalmente se acababan cumpliendo y a leer a las personas. Vi morir al gentío dos veces: primero en sueños febriles y después en el propio funeral, que no tardaba más de dos meses en llegar. Leí la mente del albañil cuando pensó en despedir a mi hermano y en una semana mi hermano estaba en paro. No quería pensar que estaba loca y traté de restarle importancia durante un largo periodo de tiempo. Los años me fueron pasando factura y llegó un momento en el que me tuve que casar. Fue en una de las fiestas del pueblo cuando lo conocí. En un primer momento, sus ojos de vetas verdosas o su cabello azabache no me llamaron la atención. Hasta que entendí que nos debíamos casar. Él era trabajador y su padre era compañero del mío. A mi padre le parecía bien. Las cosas eran así entonces. No tengo derecho a quejas pues fuimos felices y tuvimos cuatro varones de cabellos dorados y ojos verdosos. Mi vida era estable y, aunque quedé huérfana a los pocos años de haberme casado, era profundamente feliz. Pero, por muchos años que hubieran pasado, sentía terremotos en el corazón cada vez que me acercaba al río y sus amapolas. Ya no era una niña. Era valiente. El día que la dama de la sombrilla se presentó en mi domicilio volví a ser una niña. Una niña de cabellos de oro, con la mirada perdida y la ropa empapada. Y volví a tener miedo. Miedo por mí, por mis hijos, por el futuro.

El olor del pastel de manzana, preferido por Rafael, el menor, embriagaba el ambiente. Pronto cumpliría doce años y quería sorprenderlo con su postre favorito, aquel que, si las manzanas fuesen infinitas, comería todos los días. Había quedado perfecto. El sonido del timbre me sobresaltó y tuve que dejar el pastel en la encimera de granito. Salí, con el delantal puesto, a ver quién llamaba. Pensé en María Dolores, la vecina que solía comprar los huevos de mis gallinas, o en Dionisio, buen amigo de mi marido. Aquella sombrilla floreada fue el peor augurio con el que me pude topar esa mañana de mayo. La dama de la sombrilla no había envejecido un mísero año. Sus cabellos castaños no tenían destellos plateados y el mar de sus ojos no había perdido la luna, que rielaba en la marea calmada. Noté un escalofrío mordisqueándome la piel como un monstruo preso en mi interior. Oculté mis manos trémulas en el delantal.

—¿Es usted Ana Isabel? —preguntó, con la mirada fija en mí.

—¿Quién es usted?

—Su hijo, Carlos David, ha ganado un concurso del colegio y, para entregarle el premio, debo asegurarme de ciertos datos.

Sabía mi nombre, pero no los de mis hijos. Ninguno de ellos tenía aquel nombre. Sus nombres tenían un significado muy concreto, tanto para mi marido como para mí: Miguel Ángel, nombre del padre de mi marido; Ezequiel, al igual que mi hermano; Francisco Javier, también abuelo materno de mi marido; Rafael, mismo nombre que mi abuelo paterno.

Mi intuición me gritaba que aquella mujer no venía por nada relacionado con mis hijos. Me buscaba a mí.

—Ha debido confundirse, mujer, yo no tengo hijos. —Mentí con descaro.

La dama de la sombrilla no tardó en irse. Intenté seguir sus pasos, pero había desaparecido de mi vista por completo. Al confirmar su desaparición, suspiré con tranquilidad y cerré la puerta con llave.

No volví a verla durante tantos años que pensé que la dama de la sombrilla había muerto. Me gustaba

pensarlo, pero sabía que no era así. Una vez quedé viuda y mis cabellos se tiñeron de plata, traté de olvidar a la dama. Demasiadas noches me robó el sueño la idea de que aquel día en el río debí morir y era por ello que la dama de la sombrilla me perseguía. Había llegado un momento en el que me encerré en casa bajo miles de cadenas y, cuando decidí librarme de ellas, ya era tarde. Quería disfrutar de mis nietas el tiempo que me quedase. Y cuando pensé que no la volvería a ver, allí estaba. Saludó a mi nieta y, al mirarme con aquel mar en calma, el escalofrío de la última vez volvió a recorrer mi cuerpo. Esta vez no me habló con palabras, pero la entendí de igual forma. Me despedí de mis hijos y mis nietas, con el presentimiento de que no volvería a verlos. Aquella noche, me llevó con ella. Ahí estaba, con su sombrilla y su rostro perfecto, tendiéndome la mano.

—Debes irte.

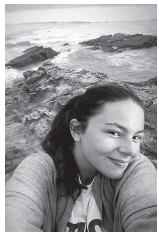
No quería irme. Quería pasear con mis hijos, mimar a mis nietas y plantar amapolas en el jardín. Sin embargo, me aferré a su mano. Lo último que vi fue a una de mis nietas en el río donde morí por primera vez. Mis ojos se inundaron en lágrimas al verla sostener un ramo de amapolas en la orilla.

Némesis.

2.º Premio | **Candela Fernández Solís**

Categoría Escolar C | Grau/Grado

Moscón del 27



Candela Fernández Solís

Grau/Grado

Durante este curso escolar finalicé la ESO.

Mis aficiones son practicar el tenis y el kárate, escribir, leer y escuchar música.

En mayo de 2019, gané el segundo premio en el certamen escolar de la 40 Selmana de les Lletres Asturianes en la modalidad de microrrelatos con “L’espeyu”.

En diciembre de 2022, gané el primer premio en el II Concurso Literario de Derechos Humanos con mi relato en asturiano titulado “Qué ye lo qu’anhelu” que se encuentra publicado en la revista Formientu.

En abril de 2023, gané el segundo premio en el certamen escolar de la 44 Selmana de les Lletres Asturianes en la modalidad de microrrelatos con “Esnalar”.

Moscón del 27

Cautivantes raíces que terminan en el mar conforman parte del relieve de este lugar paradisiaco que muchos consideran su patria. Imponentes gigantes que un día caminaron por estas tierras y, que en su lecho de muerte fueron a parar a esta utopía para formar sus barreras geográficas y, posteriormente, servir de dominio para diferentes generaciones provenientes del pueblo celta. Al cruzar el Negrón, entras en el nirvana, en el lugar donde tu mente puede residir en paz.

Siguiendo los caminos trazados por los invasores de este edén, en su corazón, hay un lugar incomparable en cuanto a belleza, muchos morirían por volver a ver el pleno auge de los mercados los domingos por las mañanas, por no hablar de las orquestas en el quiosco que ponían de buen humor hasta al más cascarrabias de este municipio. Dos palabras con más significado que cualquier enciclopedia, Villa Moscona.

Asomado a la ventana no para de admirar con una expresión de júbilo cómo el domingo de La Flor el mercado rebosa de gente, podría pasarse horas y horas viendo cómo los transeúntes caminaban sin rumbo fijo, al igual que hojas movidas por el viento iban haciendo sinuosos recorridos entre los puestos y, de vez en cuando, se paraban a comprar algún queso afuega'l pitu típico de la villa o algunas verduras locales que los amables vendedores tenían colocadas de forma muy vistosa.

La lluvia de colores recorría todo su cuerpo hasta llegar a su corazón. ¡Oh su villa, oh su hermoso hogar!

La nostalgia se apoderaba de este muchacho que, con mucho pesar, tuvo que partir de esa tierra que lo

vio nacer, ya que, si quería ser alguien, debía marchar. Así fue como dejó de ser moscón por un tiempo.

El viaje hacia la capital española se le hizo eterno. Con el corazón encogido y todos los recuerdos golpeando una y otra vez en su memoria, vio como poco a poco las montañas color esmeralda se desvanecían frente a él.

Bajó del tren decidido a comenzar una nueva etapa. Se encontraba lleno de energía y listo para pasar a la acción.

- Perdone, señor. ¿Sabe cómo llegar a la Residencia de Estudiantes? - preguntó a un señor de barba, sombrero negro y una gabardina verde oscura que conjuntaba a la perfección con sus zapatos de piel.

- Sí, claro. Solo tiene que seguir recto hasta llegar a esa floristería de la esquina; una vez allí, solo tiene que girar a la derecha y siga todo recto. Verá como la encuentra.

Así fue como empezó a caminar, con una sonrisa alumbrándole el camino. A medida que se iba acercando, escuchaba el ruido del tráfico y el bullicio de la gente. No era nada parecido a lo que solía escuchar en Asturias, pero tenía un cierto encanto que le atraía. Llegando ya a la Residencia, comenzó a sentir el leve rumor de una música que poco a poco se iba colando por sus oídos. El joven estaba siendo engatusado por ese melodioso sonido .

Intuyó que alguno de sus futuros compañeros se encontraría ante un piano. Al entrar comprobó que su intuición había sido correcta al hallarse ante un jovencísimo Federico tocando el piano, que con el tiempo sería un gran amigo.

Arropado por un sentimiento de tranquilidad que no había sentido desde que partió de su hogar fue todo recto hasta el despacho del director para solici-

tar una plaza en el paraíso de los escritores. En ese momento fue cuando se dio cuenta de que esto también podría ser su hogar. Así fue como dejó de ser extraño y pasó a ser un oyente de los grandes escritores de la Generación del 27.

Durante meses se dedicó a escuchar como estos aclamados autores escribían, leían, modificaban y debatían sobre sus obras. Más de una vez le hubiese gustado participar, pero no se consideraba lo suficientemente preparado para dar su opinión delante de ellos.

"Salgo a la calle y voy en ascua viva,
...
sin escuchar las quejas que en el aire
vagan por encontrar por fin el eco."

En el momento en el que Concha Mendez terminó de recitar ese último verso, una chispa se encendió en su corazón y le dio el coraje para que, acto seguido, se levantase y decidiese mostrarle al mundo el poema en el que tanto había trabajado.

- Señores, señoras, amigos, amigas, maestros, aprendices, he decidido que ha llegado el momento de presentaros mi corta obra para que, como expertos, la evaluéis y hagáis una crítica sobre ella. Por fin, después de haber escuchado a Conchita, he reunido el valor suficiente para presentaros mi obra y, así, abriros mi corazón y alma:

Al igual que la luz se escapa entre mis dedos,
veo como cada vez te echo más de menos.
En esta oscura cueva,
sin ti no me importa si llueve o nieva.
Solo me sentiré aliviado
Una vez que te haya recuperado.
Perseguirte a toda costa
Es mi virtud más valiosa
¡Oh hermosa libertad
Quién te ha visto y quién te verá. -

Al terminar, tenía los nervios a flor de piel, pero no fue para tanto. Todo lo que recibió fueron consejos y opiniones que atesoró como oro en paño durante todo el trayecto literario hasta que le puso punto y final a su primer poemario. A partir de ese momento dejó de ser un escritor nobel y pasó a ser un veterano.

Décadas después, se encontraba en la estación en la que todo había empezado. Todo estaba igual, todo menos él. A lo largo de esta vida había descubierto arte, lo había creado y destruido. Había gritado, reído, saltado, actuado, opinado, reflexionado, llorado... También se enamoró durante un tiempo y, por culpa del destino, su historia de amor fue solamente otro poema más. A pesar de todo nunca habría cambiado su vida por otra, ya que es suya y no se la imagina de otra manera.

Al igual que Valentín Andrés, él fue un hombre que siempre dejaba de ser algo, sin embargo continuó siéndolo todo.

ACTA DEL FALLO DEL XXXI CERTAMEN PROVINCIAL ESCOLAR DE CUENTOS "VALENTÍN ANDRÉS" CATEGORÍA D

En Grado/Grau, siendo las veinte horas del día treinta de junio de 2023, se reúne el Jurado calificador del XXXI Certamen Provincial Escolar de cuentos "Valentín Andrés", convocado por las Asociación Cultural "Valentín Andrés", con el patrocinio del Ilmo. Ayuntamiento de Grado, Principáu d'Asturies, Cárnicas Benfer, Funeraria San Pedro, Alternativas, TYC La Mata, Sidrería Agrobar La Finca, formado por las personas que se citan:

Dª. María Arango

D. Miguel Zapatero

Dª. Rosa Soto

para tratar el siguiente ORDEN DEL DÍA:

Emitir veredicto sobre la clasificación de los cuentos presentados al XXXI Certamen Provincial Escolar "Valentín Andrés" en su Categoría "D" (Alumnos/as de Bachiller y Ciclos Formativos de Grado Medio)

Bajo la Presidencia de D. Miguel Zapatero, y actuando como Secretaria Dª. María Arango, la sesión se desarrolló como sigue:

1º.- Se acuerda conceder el PRIMER PREMIO, galardonado con un eBook, diploma y publicación del cuento, al relato titulado: **"Conversaciones en la noche de San Juan"** presentado bajo el seudónimo de **Eponine** y que corresponde a **Daniela Casielles Palacio,** alumna del IES Escultor Juan de Villanueva, de La Pola Siero.

2º.- Se acuerda conceder el SEGUNDO PREMIO, galardonado con Lote de libros, diploma y publicación del cuento, al relato titulado: **"Tú y yo"** presentado bajo el seudónimo

de **Pitufina** y que corresponde a **Paula Carballeira Álvarez,** alumna del I.E.S. César Rodríguez, de Grau/Grado.

Y no habiendo más asuntos que tratar, se levanta la sesión a las 20:45 horas del día treinta de junio de 2023. Y para que conste, firma la presente acta.

1.er Premio
Categoría Escolar D

Daniela Casielles Palacio
El Berrón

"Conversaciones en la noche de San Juan"

Daniela Casielles Palacio

El Berrón

Mi nombre es Daniela Casielles Palacio: tengo dieciséis años, vivo en un pueblo llamado el Berrón, cerca de Oviedo, Asturias, y en septiembre empezaré segundo de bachillerato.

Supongo que una de las cosas que más me ha marcado a lo largo de mi vida es mi amor por las historias, y es que, para bien o para mal, siempre he sido un auténtico ratón de biblioteca. Quizás gracias a lo mucho que siempre me ha gustado leer, no tardé mucho en empezar a escribir mis propios relatos. He de admitir que eran realmente malos y muy poco originales al principio, pero por algo había que empezar ¿no? El caso es que mis pésimos primeros intentos no consiguieron desanimarme y después de haber participado en algún que otro concurso tenía claro que amaba escribir. Desde entonces no he querido parar: unos cuantos relatos cortos, una novela en el fondo de mi portátil que espero poder acabar pronto, ideas para nuevas historias repartidas entre libretas... Se podría decir que es casi como si mi boli y mi libreta fuesen extensiones de mí misma y estoy convencida que lo seguirán siendo por mucho tiempo.

Conversaciones en la noche de San Juan

Las medianoches pertenecen a los soñadores, a los enamorados y a los locos. O eso era lo que solía decir su abuela. Álvaro no se consideraba ninguna de estas tres cosas. Pero allí estaba, en medio de la playa con la luna sobre su preocupada cabeza. Miraba el fuego como si creyese que la solución a sus problemas estuviese en las llamas. Tan rodeado de gente y aun así se sentía completamente solo. Todos sus compañeros de clase estaban allí. Reían, cantaban las canciones que sonaban del pequeño altavoz que alguien había traído y remoraban anécdotas de sus días en el instituto que ahora dejaban atrás. Se les veía felices, y no era para menos, no todos los días uno recibe las notas de la EBAU. En Septiembre cada uno iría por su lado, estudiarían distintas carreras, tendrían diferentes trabajos y en algún momento todos aquellos que habían sido buenos compañeros no serían más que desconocidos con los que alguna vez fueron a clase. Pero ahora ninguno de ellos parecía querer pensar en los estudios. Era la noche de San Juan después de todo y había que celebrarlo.

Si no fuese porque el idiota de su amigo Miguel le había aburrido hasta llegar a convencerle ni siquiera estaría allí. «¡Vamos, ven! Estará todo el mundo, no seas aguafiestas» había dicho «Te lo pasarás bien, lo prometo» Ahora se arrepentía de haberle hecho caso. Tenía mucho cariño a todos los que estaban allí con ellos, pero en aquellos momentos necesitaba estar solo para pensar, no una fiesta. Pensó en qué pasaría si dejaba al grupo por un rato y se iba a pasear por la orilla. Antes de levantarse de la toalla donde estaba sentado se fijó si Miguel estaba por allí para impedirle irse. Por suerte, su amigo estaba ocupado para darse cuenta. En el momento en el que le vio pegado a cierta chica rubia

supo que no tendría que preocuparse porque Miguel le pidiese que se quedase con el resto. Con una pequeña sonrisa socarrona en los labios abandonó la hoguera y empezó a pasear cerca de las olas. Llevando las zapatillas en una mano dejó que el agua fría del mar acariciase su pies. La luna, las estrellas, el mar, los ecos de las risas de su compañeros... Respiró hondo, por primera vez en varias semanas se sentía tranquilo.

Siempre había tenido su vida planeada, sabía que notas tenía que sacar, qué quería estudiar, su trabajo futuro, dónde viviría... Pese a todo, ahora que este futuro perfecto se veía más cerca que nunca, se sentía perdido, inseguro y vacío. ¡Si tan solo su abuela siguiese allí con él! Cuántas veces habían recorrido aquella playa juntos, cuántas historias le contaba, cuántas tardes había pasado perdido entre las estanterías de la biblioteca de su querida Yaya. Pero ahora ya no habría más paseos ni cuentos. Una noche la anciana se fue a dormir y a la mañana siguiente cuando el resto de la familia despertó la encontraron sin pulso con una sonrisa en la cara. Así sin más la había perdido, y ya hacía dos meses de todo aquello. La librería ahora estaba en venta y su familia evitaba hablar de la abuela como si pensasen que eso les fuese ayudar a cerrar mejor la herida de la pérdida. Pero Álvaro era incapaz de hacer eso, cada vez que tenía un momento a solas no podía evitar recordar el rostro alegre de aquella mujer. Su bondad, sus ojos llenos de picardía y curiosidad, su mente despierta y su boca donde parecía que siempre salían las palabras adecuadas. Se consideraba a sí mismo una persona fuerte, aun así sabiendo que nadie le veía dejo escapar unas lágrimas.

Podía llevar caminando diez minutos o cuarenta, ya no lo sabía. Supuso que en algún momento Miguel se daría cuenta de que no estaba e iría a buscarlo. Sabía que tarde o temprano tendría que volver con los demás o se acabarían preocupando. Decidió no pensar más en sus compañeros y se alejó de la orilla. No listo todavía para rencontrarse con sus amigos, se acercó al prado

que crecía en la zona donde ya no llegaba la arena y cerca de un pequeño bosque. Se sentó y contempló el cielo, se dijo a si mismo que dentro de un rato se levantaría y continuaría la fiesta con sus compañeros como si nada hubiese pasado. Por cosas del destino una sombra y unos ruidos detrás de él interrumpieron sus planes.

- Miguel, ¿eres tú?- se giró mirando a los árboles.

- No, lo siento, no pretendía molestar-una voz calmada y suave respondió a su pregunta, pero no veía a nadie cerca. Era una chica, no había ninguna duda, pero no era ninguna que él conociese- Lo siento, ya me voy.

- Espera, ¿quién eres?

La voz por fin salió de detrás de uno de los árboles. Pertenecía a una chica de su edad, algo más bajita que él. Tenía el pelo castaño y ondulado, y en la oscuridad Álvaro era incapaz de ver el color de sus ojos. Llevaba una camiseta corta blanca, unos vaqueros y sandalias. Él también creyó ver algo parecido a un colgante en su cuello.

- Me llamo Diana, estoy pasando las vacaciones aquí con mis padres. Quería venir a pasear, no pensé que me encontraría con nadie. Siento haberte interrumpido- se disculpó ella acercándose más a donde él estaba.

- No te preocupes, no me has molestado. Yo soy Álvaro, también estaba paseando y luego me senté aquí a ver las estrellas.

- Pensabas que era otra persona, ¿no?

- Sí, creí que eras uno de mis amigos.

- ¿Te están buscando?- la chica pareció estudiarle seriamente con la mirada. Su acertada intuición le dejó sin palabras, pero intentó salir del paso lo mejor que pudo.

· Supongo que sí, estábamos celebrando el final de curso donde la hoguera y digamos que me fui sin avisar a nadie.

· Entonces ya tenemos algo de lo que hablar.· Diana se sentó a su lado y dejó escapar un leve suspiro de alivio· Bien, Álvaro, ¿cuál es tu historia?

· ¿A qué te refieres?

· No todo el mundo se va de una fiesta con sus amigos sin dar explicaciones sin motivo, ¿no crees?

En ese momento se quedó verdaderamente sin qué decir. De repente se encontraba una chica a la que conocía de nada, y ella se sentaba a su lado y le preguntaba de manera sincera y sin rodeos que por qué estaba solo. Sabía que aquella era una noche en la que todo era posible, pero sin duda eso era más magia y situaciones inesperadas de las que él podía soportar. Volvió a mirar a Diana, ahora sentada a su lado. Parecía que la recién llegada había decido darle un tiempo para pensar su respuesta y ahora se entretenía mirando la espuma de las olas con una paz interior que no había visto nunca en ninguna otra persona. Ahora que la luna iluminaba su rostro, pudo ver que sus ojos eran grises y que el amuleto de su colgante tenía forma de cuarto creciente. No sabía por qué, pero había algo en su presencia que le hacía sentirse cómodo y decidió responder.

· Digamos que los últimos meses no han sido lo mejor para mí. Es una historia larga de contar· se encogió de hombros algo nervioso. No creía que confiase lo bastaste en ella como para contárselo todo, al menos no aún.

· Es la noche más corta del año, pero creo que tendrás tiempo de sobra para contármelo todo si quieres.

· No creo que te vaya interesar mucho· intentó desviar el tema de la conversación· ¿Y cuál es tu historia, Diana?

- ¿Qué?

- No todo el mundo sale de entre los árboles para hablar con desconocidos sin ningún motivo- imitó lo que había dicho ella hace unos instantes casi sin pensarlo. A los pocos segundos deseó nunca haberlo dicho, y tuvo miedo de haber ofendido a la chica a la que acababa de conocer- Lo siento, no quería sonar...

No hizo falta que terminase la frase. Diana no se había ofendido, al contrario reía a carcajada limpia de la ocurrencia del chico. Álvaro se le unió y ambos se divirtieron con su acertada frase.

- Muy cierto- ella consiguió dejar de reír para hablar de nuevo- Estoy aquí de vacaciones con mi familia. Me he peleado con mis padres y necesitaba estar sola.

- Lo siento, no debería haberte preguntado. ¿Estás bien?

- Sin problema. Estoy bien, tranquilo. Últimamente le estoy dando demasiadas vueltas a mi futuro y nos hace discutir un poco más que de costumbre.

- Buff... Eso es horrible.

- Les quiero mucho y sé que quieren lo mejor para mí. Pero lo que ellos creen que me iría mejor no es necesariamente lo que yo quiero hacer con mi vida.

- ¿Como si quisiesen decirte qué hacer y cómo debes sentirte?

- Así es- Después de compartir con él sus problemas, Diana comenzó a sentirse más alegre y aliviada. Con la sensación reconfortante de por fin haber hablado de ello con alguien, se tumbó en el césped a mirar el cielo- ¿A ti también te pasa eso? ¿Es por eso por lo que estás aquí?

· Algo por el estilo. Siempre he sabido que quería ser ingeniero, lo tenía todo planeado y mis padres estaban bastante alegres con ese plan.

· ¿Pero?· inquirió ella· Estoy segura de que tiene un pero, si no no se te vería tan triste cuando hablas de ello.

· En realidad sí lo hay, siempre me he esforzado por conseguir mi objetivo y ahora que lo veo tan cerca no me parece tan importante como al principio. Mi abuela era la que me animó siempre y desde que se fue supongo que mi plan perfecto no me ha parecido lo mismo· agachó la cabeza apenado.

· ¿Y qué quieres hacer ahora?

· Ahora mismo, dar marcha atrás. Poder volver a estar con ella, y ayudarla en la librería como cuando era un niño pequeño.

· ¿Por qué no lo haces?· sugirió ella como si la idea le hubiese iluminado de repente.

· Eres consciente de que ella...· no tuvo fuerzas para terminar la frase.

· Sí, lo sé.· Ella le tomó la mano para infundirle ánimos· Pero ahora mismo lo que quieres es que todo sea como antes, volver a esa librería de la que hablas. Puedes hacerlo, encárgate tú de la librería a partir de ahora. Si eres feliz con eso, estoy segura de que esté donde esté ella estará orgullosa de ti.

· Mis padres tienen planeado venderla, no me dejarán· negó él, intentando apartar esa bonita posibilidad de su mente.

· No pierdes nada intentándolo.

· ¿Y qué es lo que quieres hacer tú?

- Ahora mismo me gustaría hablar con ellos, escucharlos y que me escuchen. Que entiendan que ya no soy una niña pequeña- sus ojos se fijaron en el mar mientras hablaban.

- Ve e inténtalo. Tus padres acabarán estando orgullosos de ti también- le aseguró él con la sonrisa más sincera que ella jamás hubiese visto.

Justo cuando los dos parecían más relajados y cómodos hablando juntos, oyeron una voz gritando en la distancia.

- Álvaro, ¿estás por aquí?

- Bueno, creo que tu amigo ya viene a buscarte, yo tengo que ir yéndome a hablar con mis padres- dijo ella mientras se levantaba.

- Entonces ¿vas a arreglarlo?- sorprendido, él le tomó la mano que Diana le ofrecía para incorporarse.

- Sí, ¿y tú?

- Les sacaré el tema mañana por la mañana.

- En tal caso, ¿te apetecería quedar mañana por la tarde en esta playa para contarme cómo te ha ido?- sonrió ella de nuevo.

- Me parece bien, ¿tú me dirás qué tal con tus padres?

- Por supuesto. Adiós, Álvaro, y suerte- se despidió ella alejándose para volver a meterse en el pequeño bosque y volver a casa.

- Suerte, Diana

Al día siguiente Álvaro se presentó a la hora del desayuno frente a sus padres y les propuso la idea de

que juntos podrían hacerse cargo de la librería. Debo deciros que al principio no les convenció en absoluto que su hijo dejase de estudiar, pero después de mucho apelar al recuerdo de su abuela, los dos tuvieron que ceder ante él. Diana habló con los suyos unas horas más tarde, y si bien no consiguió solucionarlo todo en una conversación sí que las cosas empezaron a mejorar a partir de entonces. Esa misma tarde cuando los dos se sentaron a ver la puesta de sol en el lugar donde se habían conocido eran unos jóvenes mucho más alegres y despreocupados que hacía tan solo un día.

El resto de los primeros quince días de verano fueron maravillosos para los dos amigos. Entre risas y conversaciones se fueron haciendo más cercanos poco a poco. Miguel se quejaba de que ya no veía a su amigo tanto como antes, pero al conocer a Diana lo entendió todo y lo dejó correr. Los padres de Álvaro no necesitaron tener demasiada intuición para lograr adivinar qué había sido lo que había devuelto la alegría a su hijo, cuando la chica se presentó un día a ayudarles a limpiar la librería. Los de ella tampoco dudaron en atribuirle la nueva calma de Diana al muchacho. Y cuando llegó el tiempo de despedirse intercambiaron abrazos y números con los que se mandarían infinidad de mensajes los meses siguientes.

Al año siguiente, cuando él estaba atendiendo a unos niños en la tienda, la vio llegar. Algo más alta, con los ojos brillantes de entusiasmo y una sonrisa imborrable en su cara. No se lo esperaba, mucho menos aquel día, y no pudo evitar sonreír como un bobo y correr a abrazarla. Allí en medio de estantes, recuerdos y la magia de aquel día del año, permanecieron estrechados entre los brazos del otro un buen rato. Hacía tan solo doce meses que se conocían pero hay almas que están destinadas a entenderse y permanecer juntas toda la vida. Ellos dos tenían ese tipo de amistad y tanto tiempo separados solo había hecho su lazo aún más fuerte que antes.

- No me esperaba que volvieses- sonrió él teniendo la cabeza de la chica apoyada en su hombro

- ¿Crees que me lo perdería? San Juan es nuestro día, que no se te olvide nunca- le pidió ella

Y así termina esta historia sellada en una noche donde el fuego iluminaba las almas incomprendidas que necesitaban que alguien las escuchase. Las unía con el misticismo y la magia en el momento de una noche de junio en la que Diana y Álvaro se conocieron y supieron que nunca más estarían solos.

2.º Premio
Categoría Escolar D

Paula Carballeira Álvarez
Grau/Grado

Tú y yo

Paula Carballeira Álvarez

Grau/Grado

Mi nombre es Paula Carballeira Álvarez. Cursé la Educación Secundaria Obligatoria en el IES César Rodríguez de Grado y mi etapa infantil en el Colegio Virgen del Fresno.

Escuchar música (pop y reggaetón), leer, viajar, salir con mis amigas, hacer deporte y salir de fiesta son algunos de mis principales intereses.

Desde 6º de primaria empecé a interesarme por la escritura, presentándome al concurso de relatos Valentín Andrés, hasta que comencé la etapa de secundaria en la que, en primero de la ESO, fui la ganadora con el "Reto de ser mujer" en mi categoría, y años más tarde una de las finalistas del Concurso Internacional de Cartas de Amor San Valentín, lo que me animó a seguir escribiendo e intentar llegar a ser la ganadora de este concurso a nivel de Asturias en mi categoría.

El título de este relato tiene un especial significado, va dedicado a esa persona especial, a mi abuelo.

Desde estas líneas animo a toda esa gente que tenga interés por decir una historia la escriban en un relato y vean lo que transmite el escribir historias, sin duda una experiencia única.

Tú y yo

Pensé que serías eterno, o al menos mi mente lo pensó desde que tan sólo era una cría. Nunca pude llegar a imaginar que llegaría aquella mañana fría, de tan sólo ocho grados, en la que la abuela, papá y yo tuvimos que llevarte al hospital porque en tu cara se veía un rostro color amarillento como un girasol, un rostro que recuerdo hoy con certeza y claridad.

Al llegar al hospital, a eso de las diez de la mañana, tras varias horas, minutos, segundos, esperando turno los médicos te llamaron para hacerte unas pruebas, las cuales nos dirían lo que estaba sucediendo en el interior de tu cuerpo. Mientras esperábamos aquella ansiada respuesta, nos encontrábamos conversando sobre las últimas noticias del país en aquellos sillones en tonos grises, nuevos y tan relucientes como el primer día... hasta que llegó el momento crucial. Ese momento en el que un médico nos llamó para darnos aquella respuesta tan esperada. Esa respuesta cuyas palabras fueron destruyendo mi corazón. Mi abuelo padecía cáncer de pulmón. No existen palabras para lo que sentí en aquel momento, era como si una parte de mi vida se estuviera marchando poco a poco.

Pasaban los días. Todas las mañanas te llevaba el desayuno a la cama, donde podía contemplar como te comías cada trozo de tostada, a la vez que me preguntaba cuándo sería el último, en el cual quería estar presente, porque los momentos no se valoran por muy grandes que sean si no por el verdadero significado que tengan y el significado que tenía verte desayunar era ver esa sonrisa en tu rostro, diciendo: “Sigo vivo”, motivo por el cual yo ya era feliz.

Hasta que poco a poco dejaste de desayunar por las mañanas, de comer, de merendar, aquellos bocadillos con nocilla que yo te preparaba con los que te lambías

los dedos, de cenar y hasta de caminar, sólo te apetecía estar en la cama viendo tu programa favorito: "24 horas". Pero llegó el día en que ya no pudiste ver tu programa favorito. Llegó ese maldito 1 de febrero de 2021 en el que tu corazón paró de latir tan fuerte como siempre. Llegó el día de tu muerte. Allí en aquella habitación color azul, con un sillón, dos sillas, un armario, una televisión y una cama matrimonial, estabas tú. Esa persona que al poco de nacer fue la primera que me sacó de la cuna en el hospital, esa persona que con tan sólo una mirada me decía todo, esa persona que con tan sólo una risa alumbraba el ambiente de la casa, esa persona con la que tenía esa química tan especial, esa persona que era un "tú y yo", esa persona que era... mi abuelo.

Y después de que el agua llegara al río, fue el momento de vestirte con tu traje más elegante, el mismo que llevaste a mi ansiada comunión, esa que en la que casi podría decir hoy en día que tenías tú más ilusión por ir que yo, que era la protagonista. Y allí en el velatorio rodeado de velas y flores te encontrabas tú, en aquel ataúd donde yo te dedicaba unas últimas palabras: "Tal vez ya no te pueda hablar o tocar como antes, pero en el fondo de mi corazón siento que me escuchas. Sé que a pesar de que ya no estés en este mundo continúas apoyándome y sintiéndote muy orgulloso de mí. Así es que quiero agradecerte por todo lo que has hecho por mí. Gracias por tu mejor palabra y consejo, donde tú demostrabas de la mejor manera lo aprendido durante años, eso es sin duda hoy en día, es lo mejor que pudiste dejarme. Gracias por transmitirme ese amor y esa sonrisa que sentías por la vida, ahora sé que puedo disfrutar de cada momento y que siempre tengo que sonreír a la vida, nunca rendirme. Gracias por darme esa enseñanza de no ser vieja en el corazón sino joven. Siempre me quedarán las huellas de cada momento que compartíamos de tu vida mientras bebíamos aquella taza de chocolate recién hecho, como si fuéramos unos niños ilusionados por el regalo de Reyes. Esa ilusión que sentíamos al tomarlo sólo lo

sabemos "tú y yo". Fuiste y serás el mejor abuelo de mi vida. El que compartía cada aventura y travesura sin importar el castigo. Llevo y llevaré grabada tu risa en cada poro de mi piel y es así como viviré cada uno de mis días, siendo siempre yo misma... tu nieta, divertida y aventurera sin importar el qué dirán, justo como tú lo eras. Gracias a ti sé que se puede perdonar sin dañar, después de tanto tiempo sé que no puedo dañar a los que me han dañado, pues el perdón sólo te conduce a una única vía, la de la felicidad y la tranquilidad. A pesar de las dificultades que alguna vez tuvimos, se que para ti fui esa niña pequeña que te llenaba de orgullo, esa niña centrada, inteligente, pero que al mismo tiempo estaba llena de inocencia. Para mí puedo decir que fuiste mi compañero de risas y juegos. Gracias por tener ese alma de niño pero a la vez niño mayor. Gracias por enseñarme a saber que las personas que amamos nunca se alejan, que siempre son eternas en nuestro corazón si así es nuestro deseo. Gracias por ser mi abuelo. Gracias por haber existido."

Y hoy, día 1 de febrero de 2022, me encuentro delante de tu tumba. Ha pasado un año desde tu muerte, sé que te encuentras en el mejor lugar que existe, el cielo, y desde allí sigues cuidándome en cada paso que doy tanto en lo profesional como en lo personal. Sé que estás ahí para divertirme cuando las cosas están mal y ayudándome a alcanzar mis sueños. Sé que continúas mostrándome la realidad y haciéndome entender cuando las cosas no están bien. Gracias porque sé que continúas apoyándome y que jamás dejarás de hacerlo, aunque no pueda verte físicamente. A veces me pregunto qué habría pasado si hubieras seguido a mi lado más años. Sé que hubo momentos en los que no aproveché tus enseñanzas y ahora más que nunca me arrepiento de no haberlo hecho, pero en el fondo sé que seguirás estando ahí pase lo que pase.

Carmen Elisa Peláez Morán
Autora de Portada
Soto del Barco

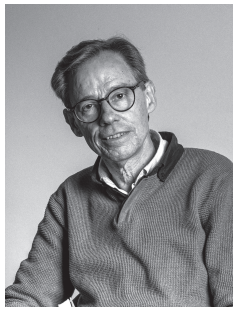
Carmen Peláez nace en Ponte, Soto del Barco. Creciendo en un ambiente rural, desarrolla muy temprano su afición por el dibujo y la pintura, lo que le conduce a cursar estudios artísticos en la Escuela de Artes y Oficios, la Factoría Cultural de Avilés y UNIOVI.

En 2015 gana el Concurso de carteles de Antroxu de Avilés, a este le seguirán el primer premio del concurso internacional Mail Art, primer premio de pintura en el concurso Rincones de Avilés, dos primeros premios en concursos de maquetas, un segundo premio de pintura en Salinas y selecciones en certámenes de pintura y escultura.

Considerada como una artista multidisciplinar, ha realizado carrozas y está a cargo del taller de serigrafía de la Escuela de Artes y Oficios de Avilés, siendo conocida por su labor de cartelista, así como ilustradora de varias publicaciones dentro y fuera del Principado.

Carmen cuenta en su haber con diversas exposiciones pictóricas, de las cuales gusta en destacar la más reciente, realizada en el palacio de Valdecarzana de Avilés.

En la actualidad, es docente titular de pintura, dibujo y retrato en la Escuela de Artes y Oficios, trabajo que compagina con la pintura y escultura, labores de comisariado en exposiciones, así como una activa participación en eventos artísticos, siendo miembro activo de los grupos Visual Jazz Project, y ARTGRAO, en los cuales se enorgullece de participar.



Manuel G. Rubio

Autor del Prólogo

Grau/Grado

Manuel García Rubio (Montevideo, 1956; reside en Asturias desde los diez años). Ha publicado once novelas y un libro de relatos, algunos de ellos antologados en España y Uruguay. La crítica le ha reconocido una voz personal, reflexiva e irónica, en muchas ocasiones no exenta de fino humor. Su carrera literaria, de largo y profundo aliento, ha ido amplificando su registro libro a libro, desde El sentido de las cosas (Madrid, 1989; segunda edición en 2023), hasta una cima poco accesible con Sal (según la Fundación Lara Hernández, una de las cinco mejores novelas publicadas en nuestro país en 2008), La casa en ruinas (Premio de Novela Ciudad de Salamanca 2012) y esa rara avis que es El mirofajo o las reglas del juego (Barcelona, 2016). Su última novela publicada es Gran Bar Distopía (Madrid, 2023). Ha sido traducido al griego y cuenta con ediciones especiales de algunas de sus novelas en América Latina. Fue jurado del Premio Príncipe de Asturias de las Letras, y es Secretario de la Fundación Aula de las Metáforas, de Grado.

Lara Menéndez Vega

Autora de las Ilustraciones

Oviedo

Lara Menéndez Vega, conocida como Lara Vega, es una artista nacida el 13 de mayo de 1991 (Oviedo), moscona de nacimiento. Obtuvo su Licenciatura en Bellas Artes en la Facultad de Salamanca, especializándose en pintura, durante los años 2009-2014. Su pasión por el arte y la creatividad la llevó a explorar diversas técnicas y estilos en su obra.

Durante el año académico 2014-2015, completó sus estudios con el Máster Universitario en Formación del Profesorado de Educación Secundaria Obligatoria, Bachillerato y Formación Profesional por la rama de Dibujo, que le permitió fusionar su amor por el arte con su vocación como docente. Desde entonces, ha ejercido como profesora, tanto en diversos IES del Principado de Asturias como impartiendo clases en las escuelas de arte, ESAPA (Escuela Superior de Arte del Principado de Asturias) y la EAO (Escuela de Arte de Oviedo) transmitiendo su conocimiento y pasión por el arte a nuevas generaciones.

Durante el curso académico 2022-2023, participó como docente en el proyecto MACEAS “Alcordanza Encesa”, su papel fue guiar y apoyar al alumnado de Secundaria en la creación de arte contemporáneo sobre temas relevantes como territorio, identidad, memoria y género. Junto a otros docentes de la rama de dibujo, promueven el enfoque interdisciplinario para enriquecer el aprendizaje. Buscan generar un impacto cultural y social en la sociedad asturiana, fomentando el pensamiento crítico y la expresión artística. Además, establecen conexiones con agentes culturales locales para enriquecer la experiencia y promover el arte y la cultura en la comunidad, contribuyendo así al desarrollo personal y artístico de los estudiantes.

De forma lúdica, junto a otros grandes artistas como Favila, Carmen Peláez, Chus Gión, Marcos Suárez y el recientemente fallecido Juan de la Fuente, forman parte del grupo ART-Grado desde su

inauguración en el 2015 hasta la actualidad, interviniendo en varios bienales, Master class, trampantojos... donde este grupo de artistas llevan a cada esquina su amor por el arte.

Como artista en ámbito individual ha creado varías obras en diversos medios:

- La portada de las "Hojas del Foro" número 14
- La portada del porfolio de las fiestas De la Villa moscona (2019-2022 y 2023)
- Exposición "Interpretaciones de Grandes Maestros" julio de 2016 en la Casa de Cultura de Grado
- Exposición "A buena hora, y con sol" noviembre del 2016 en la Casa de Cultura de Grado

Además del ámbito artístico, es una amante del deporte, practicado desde pequeña diversos deportes como el tenis, esquí, gimnasia rítmica, natación... aunque ahora mismo se centra en el Pádel, gran deporte de moda y en pleno auge a nivel mundial, compitiendo en ámbito regional e incluso saliendo de la misma para representar a la comunidad autónoma en diversas ligas amateur (LAPI, SNP o MLP). Como bien dice la frase "Orandum est ut sit mens sana in corpore sano", una famosa cita en latín que significa "Es deseable que en el cuerpo sano haya una mente sana." Es una frase que resalta la importancia de mantener tanto la salud física como mental para llevar una vida equilibrada y plena.

Como autora de las ilustraciones en este libro, Lara ha logrado plasmar su singular estilo artístico en cada página, dotando a la narrativa de una atmósfera mágica y envolvente. Sus ilustraciones capturan la esencia de la historia, añadiendo un valor visual único que complementa y enriquece la experiencia de los lectores.

Índice

Historial de Premiados

Relación de ganadores del Concurso de Cuentos "Valentín Andrés"

I Concurso 1992
Güeyos d'ayeri - *José Antonio Fernández Martínez*

II Concurso 1993
El abuelo Tomás - *M.ª Asunción Bande Rodríguez*

III Concurso 1994
El álbum - *María Fernández Rodríguez*

IV Concurso 1995
Fin de selmana - *María Rodríguez Blanco*

V Concurso 1996
El cordero y la loba - *José Manuel Pérez Pérez*

VI Concurso 1997
Carta a la señora Monroe - *Xaviel Vilareyo y Villamil*

VII Concurso 1998
Blanco y negro - *Ana P. Fernández Magdalena*

VIII Concurso 1999
Mi querido hermano Rashi - *María Fernández Ibieta*

IX Concurso 2000
La frontera del huerto (relato de un esquizofrénico) - *Ignacio Tejón Mallo*

X Concurso 2001
Coses de los que falen pel fueu - *Pablo Rodríguez Medina*

XI Concurso 2002
La Biblioteca - *Alejandro Suárez Morís*

XII Concurso 2003
Las palabras de las serpiente - *Óscar Noguera Carrasco*

XIII Concurso 2004
De llanto & fierros - *Domingo A. Martínez*

XIV Concurso 2005
Mire, Chacho - *Antonio Rodríguez de Anca*

XV Concurso 2006
El regreso - *Mónica Marcos Celestino*

XVI Concurso 2007
Equilibrio - *Carlos Mateos López*

XVII Concurso 2008
El mentiroso - *Daniel Cortázar Frías*

XVIII Concurso 2009
Dromedarios de palma coloreada - *Rosario Acosta Nieva*

XIX Concurso 2010
Un millón de grullas - *Clara Isabel Aránega Pérez*

XX Concurso 2011
La memoria del Olivo - *Ginés Mulero Caparrós*

XXI Concurso 2012
El vuelo de una piedra - *Teresa Núñez González*

XXII Concurso 2013
Chocolate y niebla - *Rosario Acosta Nieva*

XXIII Concurso 2014
Hacer del corazón un quitanieves - *Miguel Sánchez Robles*

XXIV Concurso 2015
El canto del cárabo - *José M.ª García Lobo*

XXV Concurso 2017
La flor de la amapola - *Alfonso Sergio Barragán Rincón*

XXVI Concurso 2018
La casa que me habita - *Nélida Leal Rodríguez*

XXVII Concurso 2019
Resplandores - *Juncal Baeza*

XXVIII Concurso 2020
El último combate - *Miguel Pereira Rodrigo*

XXIX Concurso 2021
El precio del trigo - *Ana García-Castellano García*

XXX Concurso 2022
Bizcochos de abrazos con nata - *Ángeles del Blanco Tejerina*

XXXI Concurso 2023
Brillaba - *Miguel Paz Cabanas*

Índice

Prólogo *3*

Primer Premio
Brillaba
Miguel Paz Cabanas..... *9*

Segundo Premio
La discreción del doctor Fonseca
Ernesto Tubía Landeras *19*

Primer Premio - Categoría A
Aventura en el Monte de los Eucaliptos
Ángela Mercedes Fernández López *33*

Segundo Premio - Categoría A
¿Las sirenas existen?
Mara Miranda Redruello *39*

Primer Premio - Categoría B
La bahía Misterio
Inés Fernández Menéndez *47*

Segundo Premio - Categoría B
Cómo cuidar a mi humano
Alejandro Marrao Suárez..... *55*

Primer Premio - Categoría C
La dama de la sombrilla
Carolina Cosmea Álvarez..... *63*

Segundo Premio - Categoría C
Moscón del 27
Candela Fernández Solís *69*

Primer Premio - Categoría D
Conversaciones en la noche de San Juan
Daniela Casielles Palacio..... *77*

Segundo Premio - Categoría C
Tú y yo
Paula Carballeira Álvarez *89*

Biografía autora de la portada
Carmen Elisa Peláez Morán *95*

Biografía autor del prólogo
Manuel G. Rubio *97*

Biografía autora de las ilustraciones
Lara Menéndez Vega *99*

Ilmo. Ayuntamiento de Grado
Concejalía de Cultura
Principáu d'Asturies
GRADO / GRAU
2023
alternativas
TYC LA MATA, S.L.
www.tyclamata.es
Funeraria San Pedro
Tanatorio Villa de Grado
BENFER
ASTURIAS
MATADERO DE TINEO
LAFINCA
SIDRERÍA AGROBAR
Peláez